Amor y rabia

Núm. 73 VALLADOLID, 17 DE JULIO DE 2018 **2ª Época/Año 23**

BLOG: REVISTAAMORYRABIA.BLOGSPOT.COM
INFOS: TWITTER.COM/AMOR_Y_RABIA
GRAFICOS: REVISTAAMORYRABIA.TUMBLR.COM
REVISTA: REVISTA AMOR Y RABIA / SCRIBD

PUBLICACIÓN PERIODICA DEFENSORA DE LAS IDEAS ANARQUISTAS

ORGANO DE EXPRESIÓN DEL GRUPO EDITORIAL *Amor y Rabia*



VERSIÓN ELECTRÓNICA GRATUITA DISPONIBLE EN INTERNET

Número Monográfico

LA GRAN REVOLUCIÓN

Las raices anarquistas de la Revolución Francesa



Introducción

La celebración del bicentenario de la Revolución Francesa (el pasado año 1989) sirvió, como era de esperar, para ensalzar las virtudes del Estado moderno, que se tiene por descendiente de aquella revolución, y para enfatizar el papel trascendental de Francia en la Historia de la Humanidad. Como se ve, el Estado francés entró en una suerte de trance místico político y los fastos propios de tal evento fueron rituales indecorosos en honor de la servidumbre que ejerce, heredada directamente del absolutismo feudal.

Con ocasión del Primer Centenario de la Revolución de 1789, se organizaron, asimismo, actos parecidos a mayor gloria del Estado. Por entonces Piotr Kropotkin, indignado por la artera falsedad con que se presentaban los hechos, cogió la pluma para salir al paso de la unánime interpretación de la revolución que se estaba entronizando. Como primera providencia redactó un texto que habría de publicarse como folleto, en 1892, con el título de 'La Grande Revolution', y que es el que aquí (la revista ARCHIPIÉLAGO, 5) presentamos. Posteriormente profundizó en el tema hasta completar un extenso y riguroso estudio que le llevó cerca de ochocientas páginas, publicado en 1909 con el mismo título.

Pero a pesar de sus desvelos por mostrar la falsedad y las tergiversaciones de la historia oficial y por rescatar del olvido y el silencio interesado hechos poco gratos a la memoria de la ideología dominante, su obra fue también silenciada durante mucho tiempo. Tuvo que ser otro historiador libertario, Daniel Guérin, quien rescatase y profundizase en la interpretación kropotkiana de la revolución. En la actualidad ya resulta más difícil obviar la concepción libertaria de la revolución francesa y su denuncia del papel de la burguesía, pretendidamente revolucionaria, para perpetuar su dominación en detrimento del pueblo, el verdadero protagonista de la Revolución.

Ignacio de Llorens

La Gran Revolución

PIOTR A. KROPOTKIN

*(publicado en la revisa **ARCHIPIÉLAGO**, Nº 5, 1990)*

(En julio de 1889) Francia ha celebrado el centenario de la Revolución.

Después de haber corrido, desde hace ya mucho tiempo, un tupido velo sobre esta revolución y vilipendiado a quienes ofrecieron su entusiasmo, así como su indómita energía y sus propias vidas, a la gran causa de la emancipación del género humano, la burguesía se acoge hoy a la revolución como si fuese su obra; el día de la toma de la Bastilla se ha convertido en fiesta nacional y el centenario de 1789 ha sido glorificado con una exposición que pasará a los anales de la historia.

Los trabajadores se han dejado llevar por la corriente. Las grandes fiestas tienen siempre algo contagioso: «la joie de vivre» se apodera de las masas, hasta los más indiferentes se sienten involucrados, y el 14 de julio la Francia campesina y la Francia obrera celebran la fiesta con la Francia oficial.

Efectivamente, el 14 de julio es una gran fiesta revolucionaria en la historia de la humanidad. Ese día el París de los «pies descalzos» se sublevó. Comprendió su fuerza y mostró a las generaciones futuras que los gobiernos mejor establecidos caen ante el empuje que proviene de lo más profundo del pueblo. ¿Qué fueron los grandes días del 48 y del 71, sino repeticiones del 14 de julio? ¿Acaso nuestros corazones no palpitan todavía con la narración de los preparativos del golpe de Estado de la Cour, con el despertar de los suburbios preparando sus picos, quemando las concesiones feudales y marchando al asalto de la sombría fortaleza que amenazaba París con sus cañones y en cuyas torres gemían las víctimas del Antiguo Régimen? ¡Cuántos jóvenes de todas las nacionalidades han sentido el fuego revolucionario prender en sus venas al recuerdo de estos hechos!



"El noble es la araña y el campesino la mosca", grabado de Jacques Lagniet (1620-1675)

Se ha celebrado la fiesta de la Revolución, pero todavía no se ha dicho la verdad sobre ella. Esta insurrección popular es más importante en la historia universal que los siglos de evolución que la habían precedido. Remitámonos, pues, a los hechos, cada vez más sumergidos bajo la marea de mentiras oficiales y de leyendas burguesas inventadas para ocultar al pueblo las enseñanzas revolucionarias que pudiera obtener de esta gran epopeya.

La mentira burguesa y la mentira jacobina desnaturalizan la obra del pueblo durante la Revolución. Intentemos, pues, restablecer el verdadero sentido popular de la misma.

Dos grandes corrientes prepararon e hicieron la Revolución. Una ha sido glorificada en los discursos oficiales. Compete a nosotros mencionar a la otra, silenciada conscientemente porque fue la anarquista.

La primera, toda ella Idea, nació de la burguesía; la segunda, toda Acción, fue germinando en el seno de las masas populares —entre campesinos, en el campo; entre los proletarios, en las grandes ciudades—. Y cuando estas dos corrientes convergieron en un objetivo en un principio común, cuando se prestaron un apoyo mutuo, entones estalló la Revolución.

Se derribaron súbitamente instituciones que habían necesitado siglos enteros para arraigar en la sociedad y que parecían tan estables, tan inmutables, que los reformadores más fogosos no habían osado tocar. La Revolución fue la caída, el hundimiento de todo cuanto conformaba la vida social, religiosa, política y económica de Francia desde hacía siglos, de las ideas adquiridas, de las nociones corrientes sobre cada una de las más complejas manifestaciones y relaciones del género humano.

Y fue la aparición de nuevas concepciones sobre las más diversas relaciones entre todos los ciudadanos, ideas nuevas que se difundieron por Europa, trastornando el mundo civilizado, legando al siglo siguiente su pauta, sus problemas, su ciencia, su desarrollo económico y moral.

Pero, ¿cuál fue la idea que brotó en el seno de la burguesía? Para juzgarla a tenor de su importancia, su valor y su esencia, examinemos sus resultados.

Los Estados centralizados, civilizados, organizados que se reparten Europa y las mesnadas humanas fincadas en sus territorios, son el producto de la burguesía revolucionaria de 1789. Este mecanismo extraordinario que a partir de una orden dictada desde una capital cualquiera, pone en movimiento a millones de hombres equipados para la guerra y a millones de bocas de fuego deseosas de vomitar la muerte, arrasar con sangre los campos de batalla, sembrar la devastación en los campos y el duelo en las familias; estos territorios cubiertos de una red de administradores obedientes a las órdenes de una voluntad central, nombrados por las cámaras de representantes; ¡esa obediencia de los ciudadanos a la ley!, ese culto a la ley, al parlamento, al juez y sus agentes; esa red de escuelas mantenidas o dirigidas por el Estado para fortalecer el culto al poder y la obediencia pasiva; esos reyes de las finanzas que guardan en sus bolsas los destinos de los pueblos según les convenga estimular o apaciguar el ardor bélico de sus gobernantes; esta in-

dustria que tritura bajo sus engranajes al trabajador que la nación le entrega a discreción; ese comercio que acumula las riquezas en las manos de los acaparadores del suelo, la mina y la fábrica; en fin, esta ciencia que a pesar de favorecer el pensamiento, centuplicando las fuerzas productivas de la humanidad, quiere, a su vez, someterla al derecho del más fuerte; todo esto no existía antes de la Revolución, y todo esto constituía el sueño del burgués inglés y francés antes de 1789.

Habían concedido y estudiado toda esta organización política y económica, mucho antes de que se dejara oír el fragor revolucionario. Encontramos estas ideas en los escritos —libros y panfletos— de donde los hombres de acción de la Revolución obtuvieron su inspiración, su energía razonada.

La burguesía francesa sabía lo que quería; su ideal fue crear una constitución moldeada a partir de la inglesa: reducir al rey a la simple tarea de escriba notarial; poner el poder en manos del Parlamento burgués; concentrar el gobierno a la manera de la Antigua Roma y absorber los impuestos, la justicia, la fuerza militar, la escuela, el comercio de todo el territorio; proclamar la libertad de las transacciones comerciales; dar carta blanca a la explotación del trabajador sin defensa alguna contra el explotador. Todo ello bajo la protección del Estado, favoreciendo el enriquecimiento de los particulares y la acumulación de grandes fortunas en nombre de la igualdad en el sometimiento y de la libertad de acaparar.

Cuando se presentó la ocasión de realizar su sueño, la burguesía, segura de su saber y de su ideal político, sin la más mínima duda sobre el conjunto o los detalles, se esforzó en su realización con una energía tenaz y consciente, de la que nunca ha dispuesto el pueblo, falto de un ideal elaborado susceptible de oponer al ideal burgués.

Empero, para poner por obra sus propósitos era necesaria la fuerza, la fuerza psíquica y el sacrificio, el desprecio a la muerte en manos del enemigo. Era necesario poner en pie a las masas para el asalto de las viejas instituciones, para realizar la tarea de demolición. Era necesario que existiera, al lado del torrente de ideas, un torrente de acción.

Este torrente nació en el seno del pueblo. La burguesía lo ayudó al comienzo e hizo una llamada a la fuerza popular para atacar la monarquía, aunque para dominarla más tarde, cuando el pueblo atacase los privilegios del Tercer Estado.

Así pues, es justamente toda esta poderosa participación popular la que se procura ignorar en los discursos oficiales. Esta sublevación que duró cuatro años y que permitió a la burguesía combatir y vencer a la realeza, apenas es mencionada, y cuando no queda más remedio es para hacerle reproches, se la califica de «excesos lamentables, excesos de bandidos».

La obra de ésos a los que nuestros abuelos trataron de anarquistas, la obra que fue, de hecho, anarquista tanto por su esencia como por sus procedimientos, y que los historiadores burgueses silencian, intentaremos darla a conocer a los anarquistas de hoy, lamentando no poder entrar en todos los detalles, pues cada uno tiene su importancia, ya que el estudio de las luchas pasadas es la mejor enseñanza para los luchadores de mañana.



La idea de la burguesía en materia política consistía en el gobierno representativo, en un Estado omnipotente gestor de toda la vida del ciudadano, un Estado tal y como lo habían concebido los jurisconsultos de la Antigua Roma.

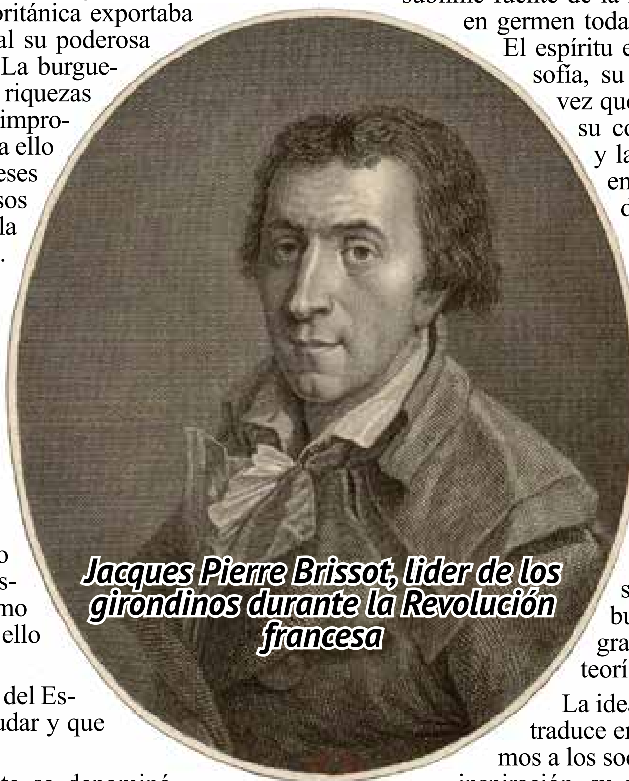
En materia económica la idea no era menos clara. La burguesía francesa había leído y estudiado a Turgot, Adam Smith, los creadores de la economía política, y sabía que en Inglaterra sus teorías se habían aplicado, y la burguesía británica exportaba a sus vecinos del otro lado del canal su poderosa organización económica y política. La burguesía soñaba con la explotación de las riquezas de la tierra que todavía permanecía improductiva en manos de los señores. Para ello contaba con los pequeños burgueses campesinos como aliados, numerosos en los pueblos, antes incluso de que la Revolución multiplicara su número. Vislumbraba ya el gran desarrollo de la industria y de la producción más allá de los océanos, a las colonias, los mercados de América, las grandes empresas y las fortunas coloniales.

Pero era necesario, de entrada, romper los lazos que sometían al campesino a la gleba, era necesario que fuese libre para abandonar el pueblo e ir a la ciudad, para así, cambiando de amo, suministrar el oro al industrial, en lugar del insignificante diezmo que pagaba al señor, privándose para ello hasta del propio pan.

Era conveniente ordenar las finanzas del Estado: impuestos más fáciles de recaudar y que aportasen mayores sumas al Tesoro.

Era necesario lo que hipócritamente se denominó «libertad de comercio y de industria». Nada de oficios inmundos, de gremios, ni de maestros de oficio dificultando la explotación. Nada de vigilantes entorpeciendo la industria naciente, nada de aduanas interiores ni de leyes prohibitivas. Entera libertad de transacciones.

Y para llegar hasta allí la burguesía debía destruir el poder de la Corte, de la aristocracia y del clero, organizar el Estado y asumir la dirección.



Jacques Pierre Brissot, lider de los girondinos durante la Revolución francesa

En esto consiste el programa de la burguesía en las vísperas de la Revolución, programa bien definido, como puede verse, donde todo se sostiene, se armoniza, se complementa.

Ciertamente sería injusto decir que la burguesía se movió exclusivamente por intenciones estrictamente egoístas.

Los mejores representantes del Tercer Estado habían bebido en la sublime fuente de la filosofía del siglo XVIII, que llevaba en germen todas las grandes ideas surgidas después. El espíritu eminentemente científico de esta filosofía, su carácter profundamente moral (a la vez que ridiculizaba la moral convencional), su confianza en la inteligencia, la fuerza y la grandeza del hombre libre viviendo entre iguales, su odio a las instituciones despóticas, todo ello se encuentra en los revolucionarios. ¿De dónde, pues, habrían obtenido la fuerza de convicción de la que hicieron gala durante la lucha? Hay que reconocer que los que más trabajaron en la realización del programa de enriquecimiento creyeron sinceramente que el enriquecimiento de los particulares sería el mejor medio de enriquecer la nación en general.

Pero, por grandes que fuesen las ideas sobre libertad, igualdad, progreso libre, que inspiraron a los más sinceros de los representantes de la burguesía de 1789-1793, es por su programa práctico, por las aplicaciones de la teoría por lo que les debemos juzgar.

La idea abstracta permanece vaga ¿Cómo se traduce en los hechos de la vida real? Observemos a los socialistas de hoy en día, que vuelcan su inspiración, su entusiasmo en la grandeza de la idea común: la felicidad de las masas. No obstante, ¡qué gran diversidad de concepciones en sus propias teorías para la puesta en práctica de este ideal! Para unos el socialismo supone la emancipación del género humano, mientras que para otros no es más que una reforma salarial. Entre ambos extremos es posible distinguir toda la variedad de matices que se quiera. La idea abstracta puede dar lugar a programas muy diferentes: no es pues por la idea, sino por el programa como debe juzgarse al autor.

En efecto, sí es de justicia reconocer que la burguesía de 1789 se inspiró en las ideas de libertad, igualdad y emancipación económica, política y religiosa, estas ideas —de las cuales se nutrían— se traducían por el doble programa que acabamos de esbozar: libertad ilimitada de utilizar las riquezas de todo género y de explotar el trabajo humano, sin garantía alguna para las víctimas de esta explotación, y centralización de los poderes para garantizar y asegurar la libertad de explotación, es decir el Estado jacobino, copia del romano.

¿Y el pueblo? ¿Cuál era su Idea?

También el pueblo se había nutrido de la filosofía del siglo. Las ideas de los grandes filósofos desmenuzadas, sistematizadas, desarrolladas y popularizadas en Francia, se infiltraron imperceptiblemente en los cerebros de quienes sufrían tirando del arado, junto al yunque o en la mina. También ellos se inspiraron en los grandes principios de libertad, aspiraban a un futuro de felicidad para todos. Cuando releemos la literatura de la época, nos sorprendemos de la gran cantidad de ideas netamente socialistas —plenamente comunistas—, lanzadas al pueblo por burgueses como Sieyès o como Brissot, que dijo —antes que Proudhon—: ***«La propiedad, en eso consiste el robo»***.



Demolición de la Bastilla, 1789

Una vaga inspiración de comunismo y de anarquía se abría paso en los sectores populares. Bastaría con releer a Rousseau —los escritos filosóficos y las novelas leídas en la época— para convencerse.

Pero, mientras para la burguesía todas las ideas de liberalización se traducían en un programa elaborado de organización política y económica, estas mismas ideas se presentaban al pueblo sólo como una serie de negaciones, sin prestar atención en lo que saldría en lugar de las instituciones abolidas. Se diría, incluso, que quienes hablaban al pueblo —como buena parte de los socialistas de nuestros días— evitaban conscientemente tener que precisar. A sabiendas o no, parece que se dijeran: ***«¡Para qué hablar al pueblo de la manera como se organizará más adelante! Basta con que disponga de la fuerza de ataque, la energía para ir al asalto de las viejas instituciones. Eso es todo lo que hay que pedirle, nosotros nos encargaremos más tarde de ver cómo nos las arreglaremos»***.

No se hablaba al pueblo del futuro. Da la impresión que se temía enfriar su energía revolucionaria, y no se apelaba más que a su sentimiento. Se denunciaban los abusos y se le decía: ***«¡Sublévate! ¡Todo cambiará para bien!»*** ¡Cuántos socialistas y anarquistas se mueven todavía de esta manera! Impacientes por acelerar el día de la revuelta, consideran como teorías adormecedoras toda tentación de organización futura.

De este modo, la idea popular se expresaba mediante negaciones: ***«¡Queremos las listas de impuestos! ¡Abajo los diezmos! ¡Abajo Madame Veto! ¡A la horca con los aristócratas!»*** Pero: ¿para quién la tierra libre? ¿Para quién la fuerza del Estado (que pasó de manos de Madame Veto a las de los jacobinos, un poder asimismo extraordinario)?

Puede dudarse, incluso, de que estas preguntas fuesen siquiera planteadas. Y aunque se habló de ello más tarde, durante la Revolución, fue para convertir al pueblo —pervertirlo sería el termino más apropiado— al ideal burgués.

No obstante, por fuerte que sea la idea, un abismo la separa aún de la acción. Así pues, la burguesía es impotente si el pueblo no acude a prestarle su apoyo, su aliento revolucionario, sus revueltas, su Jacquerie **[1]**, que permitiera a los burgueses derribar el Antiguo Régimen.

Los historiadores nos han hablado con énfasis del 14 de julio, del impulso revolucionario de los burgueses conforme se preparaba la Revolución. Pero esto no es más que una leyenda surgida después. Lo que más nos ha chocado, por el contrario, en la totalidad de estudios sobre la revolución es la simpleza de la burguesía hacía el poder real, su simpleza antes de 1789, su simpleza después de 1789 y hasta junio de 1792. ¡Para un Eprémesnil que hubo, cuántos miles de lacayos!

Antes incluso de que la Revolución empezase a rugir, de que la nación entera ardiese, de que el pueblo rompiese sus cadenas, la actitud de la burguesía en relación al rey es ya nauseabunda. Baste simplemente con leer en **La Revolution** de Edgar Quinet (cap. I, p. 342) las siguientes líneas:

«En 1792, el club de los jacobinos es completamente monárquico; pretende expulsar a Billaud-Varennes porque se ha atrevido a poner en tela de juicio la monarquía. Al mismo tiempo, Robespierre, poco más de tres meses antes de la caída de la monarquía, pregunta con toda seriedad "¿Qué es la República?". Durante todo el intervalo de la Legislativa, cuando habiendo abandonado la tribuna se dedica a la educación del pueblo desde su periódico, lo que defiende a ultranza no es otra cosa que la constitución monárquica. Ni una sola palabra que pueda preparar al pueblo al cambio que va a producirse. El 7 de julio de 1792, es decir, diez días antes de la proclamación de la República, los republicanos profieren un juramento por el que abominan de la República» **[2]**.

Si esto ocurría en 1792 ¿qué sería, pues, en 1789? Para nosotros no cabe duda de que la fuerza de ataque vino del pueblo sublevado. Sin él no pudo haber revolución.

Afirmando que los campesinos y los proletarios de las ciudades hicieran ellos solos la revolución, entramos en contradicción con los historiadores. De creerles, la burguesía habría dado prueba de un temperamento revolucionario desde un principio y habría arrastrado al pueblo. Pero si releemos a estos historiadores sin prestar atención en sus declamaciones, si buscamos los hechos más que las conclusiones, nos sorprenderemos precisamente de lo contrario, de la cobardía de la burguesía.

Si la libertad no hubiese tenido otros defensores, estaríamos todavía en el Antiguo Régimen. No sólo antes de 1789 la burguesía soportaba la arbitrariedad y la arrogancia de la corte sin rebelarse, sino que incluso en 1789 y 1790, en plena revolución, su actitud rayaba en el servilismo. El lenguaje de la Asamblea es simplemente indignante, sus apelaciones al rey son concebidas en un estilo de vasallo. Solo empieza a endurecerse a medida que flaquea el poder real, que rodará por los suelos merced a los golpes que le propina el pueblo.

Durante cuatro años, los burgueses no hacen otra cosa que intentar seguir como pueden al pueblo llevado de su ánimo revolucionario. Y cuando en 1793 el pueblo aspira ya a la commune más o menos comunista ¿no es cuando vemos a Robespierre y otros proponer la constitución inglesa?

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos y volvamos a 1789.

La leyenda que nos han hecho y rehecho sobre el 14 de julio es de sobras conocida:

---

[1] Nombre dado a las revueltas campesinas contra los señores feudales que tuvieron lugar en Francia en 1358. Desde entonces Jacquerie será sinónimo de revuelta campesina. **(N. del Trad.)**

[2] Para verificar la exactitud del hecho, consultar el Moniteur.


Asalto de las Tullerías, 1792


Louis XVI, rey de Francia, hecho prisionero en el asalto a las Tullerías, grabado de Denis Auguste Marie Raffet

«La Asamblea Nacional celebra sus sesiones. Después de dos meses de deliberaciones y rodeos, los tres estamentos: clero, nobleza y Tercer Estado se reúnen. El poder se le escapa a la corte. Entonces se prepara el golpe de Estado. Las tropas emplazadas alrededor de París quieren dispersar la Asamblea. El 11 de julio, la corte se decide a actuar: Necker es destituido del ministerio y desterrado. París lo supo el día 12 y los ciudadanos se echan a la calle llevando la estatua de Necker. En el Palacio Real, Camile Desmoulins hace su discurso. Se sublevan los suburbios, que en 36 horas forjan 50.000 picos. El pueblo se dirige hacia la Bastilla, que no tardó mucho en bajar los puentes levadizos y entregarse… La Revolución se anotó su primera victoria.

»La noticia se difunde en provincias y provoca por doquier levantamientos análogos. Llega a penetrar en los pueblos y los castillos arden. Entonces, el clero y la nobleza renuncian, en la noche del 4 de agosto, a sus derechos feudales. El feudalismo toca a su fin.

»Si los campesinos se sublevan en los campos, no son más que bandidos pagados por la Corte o por los ingleses a quienes interesa mantener el desorden. Asimismo, los patriotas de cada municipio querrán poner fin a la anarquía ejecutando a los bandidos. Y si la revolución dura se debe a que los aristócratas y la Corte no quieren someterse a los grandes principios de 1789. También se proclama la República y los partidos revolucionarios empiezan a degollarse los unos a los otros hasta que Thermidor trae la reacción.»

Hasta aquí la leyenda burguesa.

Pues bien, de principio a fin esta leyenda es falsa: falsa en la narración de los hechos, doblemente falsa en su interpretación.

La Revolución no empieza el 14 de julio. Había empezado hacia enero de 1789, incluso puede datarse en el invierno de 1788.

Si las protestas de los parlamentarios en 1788 tuvieron una cierta importancia, no se debió, por cierto, a los papanatas que se dieron cita después de esas sesiones de justicia. Fue la intervención del pueblo la que le dio un carácter, casi siempre extraordinario, un carácter revolucionario. En muchos sitios los trabajadores de las ciudades, aprovechando las luchas entre gobernantes, se sublevaron con la idea de acabar con los explotadores aristócratas.

La monarquía se subleva también. ***«La bestia feroz»***, ***«el elefante rabioso»***, así es como Taine trata al pueblo (sin duda en riguroso lenguaje académico), hace escuchar su voz. Era necesario someterlo, cosa que la corte sentía incapaz de hacer sin el apoyo de la burguesía. Se decidió, pues, a convocar a sus representantes.

Por otro lado, después del invierno de 1788, el pueblo ya no pagó impuestos a los señores. Ahora bien, que el pueblo fue animado a ello por los burgueses es completamente cierto. Que la burguesía de 1789 tuvo el buen juicio suficiente para comprender que sin una sublevación popular nunca podría dar cuenta del poder absoluto, es también verdad. Que el pueblo se amotinó espoleado por determinadas deliberaciones de la Asamblea de Notables que ya empezaban a discutir la abolición de los derechos feudales, pues resulta fácil de comprender. Las revoluciones no son fruto de la desesperación, tal y como afirman los blanquistas, quienes creen que del exceso del mal puede salir el bien. Antes al contrario, el pueblo de 1789 había entrevisto la posibilidad de una próxima liberación, y se lanzó a la rebelión con el corazón en la mano.

Empero, no bastaba con esperar, era preciso actuar, arriesgar la piel en las primeras revueltas, aquéllas en las que se preparan las revoluciones. Era esto lo que no podía soportar la burguesía, lo que sólo podía venir del pueblo.

Todavía por aquel entonces el motín estaba penado con la horca, los grilletes y la tortura, pero los campesinos ya se sublevaban.

Desde noviembre de 1778, estos motines, ya fuesen individuales o colectivos, empezaron a generalizarse: cada vez se hacían más colectivos a medida que el pueblo se iba enardeciendo más y más. Los intendentes escribían al ministro advirtiéndole que si se tratase de reprimir los motines, la misión sería ya imposible. No se proclamaban grandes discursos, pero se enarbolaban buenos garrotes. Tomados por separado, ninguno de estos motines tenía importancia suficiente; en conjunto, fueron minando los fundamentos del Estado.

En enero se celebraron las elecciones; se redactaron los cuadernos de quejas. Pero el campesino no se deja engañar. Hombre práctico ante todo, no confía en sus representantes: se subleva. Se niega a servir al Señor y al Estado. Aquí y allá un señor es ejecutado por las Jacques. Agrupaciones secretas que surgen espontáneamente en el seno de las masas, sin reglamentos ni organización centralizada, integrados por amigos que se mueven de consuno en ocultos comités. Los recaudadores de impuestos son recibidos a garrotazos, se toman las tierras de los señores y se trabajan.

Y estas revueltas, tanto más terribles cuanto imprevistas, se multiplicaron por toda Francia, sobre todo en el este, el nordeste y el sureste. Taine contabilizó más de trescientas antes del 14 de julio, de las cuales ha encontrado huellas en los archivos nacionales. La cifra de tres mil no sería exagerada si se tiene en cuenta que los archivos fueron quemados en 1793 por orden de la Convención.

Chassin tiene toda la razón de su parte al decir que si París fue vencido el 14 de julio, los derechos feudales debieron desaparecer entonces. Los campesinos ya no los admitían, y hubiese sido necesaria una guerra en regla contra cada pueblo para restablecerlos.

El feudalismo recibió su golpe de muerte mucho antes que el teatro de Versalles retumbase con esos grandilocuentes discursos —sin duda excelentes, pero impotentes— que con tanto esmero nos han conservado los historiadores.

¿Podría París permanecer tranquilo mientras la Francia campesina ya se estaba sublevando? Ciertamente, estaba bien custodiada por la tropa, pero también en la ciudad se producían motines. En abril el pueblo se sublevó contra el ínclito Reveillon, y no pasaba semana sin que se diera alguna escaramuza. La burguesía animaba al pueblo, feliz de encontrar en éste un poderoso aliado que le permitiera sostener sus reivindicaciones.

Llega el mes de julio. Los tres estamentos se reúnen, la burguesía obtiene su primera victoria parlamentaria. Pero la Corte prepara el golpe de Estado. Se da la alerta a la tropa, los húsares van a irrumpir en la Asamblea y a dispersar a los representantes…

Después del 18 de Brumario y del 2 de diciembre ya sabemos lo que va a ocurrir. Los representantes protestarán, pero obedecerán, mientras los instigadores son encerrados en la Bastilla. Los revolucionarios burgueses no se harán más ilusiones sobre la valentía de sus mandatarios, y comprenden la necesidad de hacer sublevar al pueblo de París para provocar el golpe de Estado.

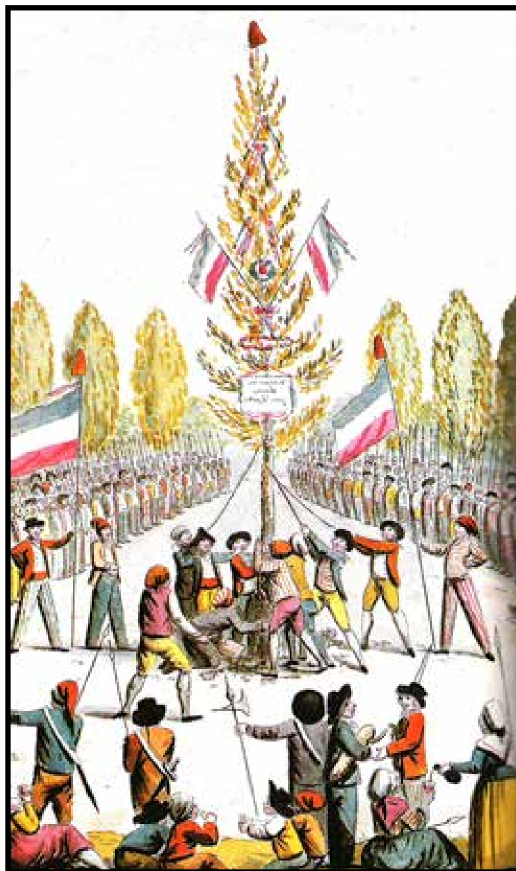
En la actualidad repugna a los señores republicanos confesarlo; les repugna tener que reconocer el origen de su poder, pero ello no les impide ejercerlo. Fueron a buscar apoyo a las tabernas de los barrios. Fue adulando a los trabajadores, mostrándoles, como un espejismo, las promesas de Libertad e Igualdad, de socialismo, que consistía en pan y bienestar para todos, justamente afirmando lo que hoy niegan, fue luchando codo con codo con lo que denominan la escoria del pueblo, como consiguieron la fuerza. La única posible, que podía vencer al rey, a la Corte, a la aristocracia.

El pueblo de París no pedía nada más, se sentía arrobado por el sueño de libertad. Pero también necesitaba pan, pues los niños se iban a la cama con el estómago vacío. Llenar de plomo a los aristócratas —a todos los ricos—, ese era el deseo general en los barrios, pero también querían quemar las concesiones feudales y saquear los graneros de los comerciantes de trigo, las bodegas de los comerciantes de vinos. Y mucho antes de que la burguesía encontrase un Camile Desmoulins para dar el grito de ***«¡a las armas!»***, el pueblo de París ya se había sublevado.

Necker fue destituido el 11, París no lo supo hasta el 12, pero ya el 8 de julio (consultar el Moniteur, no la reedición) hubo un motín de los obreros en paro dedicados a las excavaciones en Montmatre. El 10, ya se había vertido la sangre por las calles, y ese mismo día, la barrera de la Chausse d'Autin aparecía envuelta en llamas, y el pan y el vino entraron en París sin pagar. ¿Quién sabe si Desmoulins hubiese pronunciado su fiero discurso sino se hubiese sentido apoyado por las masas, ni si ese discurso estaba inspirado por la algarabía de la sublevación?

El pueblo de París rompió su yugo. A la primera llamada corrió a armarse. Se proveyó, de entrada, de pan, saqueando el convento de los lazaristas, y envió 32 carros de trigo a les Halles: no se puede luchar con los estómagos vacíos; forjó picos y dos días más tarde la fortaleza que almenaba la ciudad derruida bajo el empuje popular.

Pero el pueblo no sólo odiaba a los aristócratas, hacía extensible su odio a los ricos. Y durante dos días, el París de los ricos estuvo a punto de ser saqueado por el París de los pobres.



1792: Plantación de un Árbol de la Libertad, 1792 por Etienne Bericourt

Así pues, la burguesía, después de haberse servido del pueblo, pensó en la manera de contenerlo. Se armó de fusiles para oponer a las piquetas. Y viendo más claro y con anticipación se organizó también contra la realeza, de modo que algunos ejemplos edificantes bastaron para prevenir el pillaje y hacer entrar en razón a ***«los bandidos»***, como dicen los historiadores de nuestros días.

El pueblo, ayer aliado, se convirtió ahora en ***«los bandidos»***. Orgulloso de su victoria contra la realeza, amaneció bajo un nuevo poder, el de los burgueses.

La historia del 14 de julio es la historia del pueblo en Revolución. Aliado hoy, bandido mañana. Aliado del 5 de octubre al 10 de agosto; bandido y bestia feroz a partir de entonces.

Mientras París tomaba la Bastilla, los campos estaban en plena insurrección. Pero las ciudades todavía no se habían pronunciado. No empezaron a reaccionar hasta conocer el éxito de la insurrección en la capital.

Las ciudades de entonces no se parecían a las de hoy en día. En la Edad Media se había creado una aristocracia hereditaria de burgueses que tenía en sus manos los asuntos y finanzas municipales. Ésta se enriqueció a expensas de la ciudad, y unas pocas familias se fueron transmitiendo el pastel de padres a hijos. Estas familias tenían también siervos en los campos. Ricos burgueses y nobles tenían además derechos feudales sobre los habitantes de las ciudades, para casarse, para transmitir su patrimonio a sus hijos, o para venderlo, el artesano pagaba impuestos a su señor, noble o burgués, del mismo modo que el campesino en los pueblos.

Los ayuntamientos eran nidos de cuervos y de escribas a quienes los señores y grandes burgueses servían el ***«menú que arrebataban al pueblo»***; pero ese pueblo no quería otra cosa que prender fuego a esos antros de servidumbre. Los burgueses tenían también sus motivos de queja. Antes de enriquecerse, comenzaron amasando sus fortunas a través del comercio y la industria. Miraban con malos ojos la arrogancia de los nobles, las exenciones de que gozaban a la hora de pagar impuestos. Soñaban con la gran industria y la libertad de explotación, así que los gremios les molestaban: la mayor manera de explotar es tomando a cada obrero individualmente.

Este cuerpo de artesanos, antaño tan poderoso, que en la Edad Media representaba la organización del trabajo de la comuna, hubiera podido transformarse en instituciones nuevas, más apropiadas para las nuevas necesidades de la industria manufacturera, cosa que no convenía a la burguesía, que quería «libertad de transacción», es decir, la libertad sin traba alguna para explotar a cada proletario de manera individual.

El odio del pueblo contra el feudalismo francés y señorial, y el odio de la pequeña burguesía contra la nobleza y los gremios se daban la mano. Así pues, desde que se supo en provincias la toma de la Bastilla, los proletarios, ya hartos de las manipulaciones de la Asamblea, estimulados por las grandes ideas de Emancipación, Igualdad y Libertad, y adulados por los pequeños burgueses, se sublevaron. Las ciudades de la Alsacia, la Lorena y del Delfinado —los del este en general— se levantaron. Los Ayuntamientos fueron tomados por asalto; los papeluchos quemados; las familias de rancio abolengo fueron puestas a buen recaudo. La servidumbre, los diezmos y todo el boato del feudalismo desaparecieron tanto en las ciudades como en los pueblos.

El pueblo bailó sobre los escombros, plantó árboles de la libertad y regresó a sus tugurios. Pero la burguesía no se contentó con tan poco, estuvo esperando que llegase su hora y, en provincias como en París, se armó inmediatamente, organizó milicias, se apoderó de los Ayuntamientos y ocupó el lugar del poder desaparecido. Y cuando el pueblo quiso continuar su obra y llevar más lejos la Revolución, se encontró bajo la férula de un nuevo amo. Tan fuerte como el poder depuesto, se encontró ante una fuerza armada —la milicia burguesa— mucho más considerable que los soldados de los regimientos reales.

La burguesía de 1789 tenía un plan preconcebido: Armar las milicias burguesas, que servirían de dique tanto contra el pueblo como contra la monarquía; ocupar los Ayuntamientos, hacer «respetar la propiedad»; apoderarse del poder del Estado y reorganizarlo siguiendo el plan que hemos esbozado anteriormente. Para ello no bastaba con mandar en Estrasburgo, Lyon, Marsella, etc. Debía llegar a dominar cada comuna, y hacer en cada pequeña población lo mismo que había hecho en las grandes ciudades. Pero, ¿quién podía hacerlo? Desde luego que la Asamblea Nacional, no. Era necesario que se hiciese por la propia iniciativa de los habitantes. Y estos habitantes, inmersos en sus pequeños intereses particulares, tampoco se movían; apenas se interesaban por lo que sucedía en el país.

Los burgueses de 1789 no tenían la ingenuidad de nuestras autoridades, que creen que todo pueden obtenerlo a golpe de decreto. Comprendieron que era necesario actuar en cada población, sin esperar nada de París. Duport y otros se encargaron, veamos de qué modo. Después de enero —decíamos— los campos del este estaban en pie. Emisarios desconocidos, salidos del pueblo, recorrían los campos, incitando a la revuelta. Allí donde los medios ordinarios no eran suficientes, se presentaban como portadores de falsos decretos de la Asamblea Nacional, ordenando no pagar más y apropiarse de las tierras de los señores. Otros mostraban falsos decretos del rey ordenando quemar los castillos. Hubo, incluso, un impostor que se hizo pasar por un pariente de Luís XVI. Los campesinos de entonces no eran más leídos, ni estaban mejor informados que los campesinos rusos de nuestros días. Querían sublevarse, pero les era necesario dar una apariencia de legalidad a sus actos, así disponían siempre de una excusa en caso de fracaso.

No estamos contando una leyenda, sino hechos silenciados por los historiadores burgueses. No obstante, puede consultarse el Moniteur para asegurarse. Los decretos de la Asamblea Nacional y el informe de Gregoire hacen mención de ello.


Jornadas de Pradial, 1795

Así pues, los castillos ardían, los puentes levadizos habían sido desgajados, la abdicación de los derechos feudales se obtenía por la amenaza o por el fuego, frecuentemente en nombre del rey o de la Asamblea.

Pero, como hombres sensatos que eran, los campesinos no hacían distinción entre nobles y burgueses. Si el señor había concedido sus derechos feudales a un burgués (y la nobleza arruinada lo hacía a menudo, tal y como lo hacen actualmente los lores ingleses y los señores rusos), los campesinos pegaban fuego a la casa del burgués y, poniéndoles el hacha en la nuca, los forzaban a abdicar de sus derechos, como hubiesen hecho con cualquier señor de sangre azul.

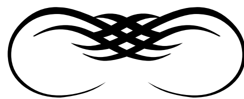
«¡Los bandidos han quemado los castillos de los patriotas!», gritaban los burgueses revolucionarios. ***«Pues, ¡a por los campesinos!»*** y las milicias burguesas salían de las ciudades para restablecer el orden en los campos. En Estrasburgo, al día siguiente de la insurrección que abolió el feudalismo, las milicias burguesas arrestaron a 400 trabajadores y colgaron a dos. Pero todavía fue peor en el campo. Los Ayuntamientos se convirtieron en tribunales ambulantes y, después de haber librado batalla con campesinos desarmados y conseguido victoria fácil, colgaron sin piedad a esos ***«bandidos»*** que habían osado saquear tanto las ***«propiedades plebeyas»*** como las propiedades nobles. Los documentos hacen mención de ocho campesinos colgados en le Mâconnais, doce por el parlamento de Douai, y sucedió lo propio en cada provincia. En el mismo momento en que se estaban redactando los Derechos del Hombre (agosto, 1789), se ejecutaban en un solo día a trece ***"cazadores furtivos"*** que se habían tomado la Revolución al pie de la letra y cazaban las piezas que pertenecían a sus señores.

Aprovechando la insurrección general de los campesinos de Alsacia, Lorena, Dauphiné, Champagne, Poitou, Perigard, etc., los emisarios del Tercer Estado —Duport y otros— recorrieron las pequeñas ciudades forzando a los burgueses a armar sus milicias: ***«En quince días —nos cuenta el mismo Duport— he hecho tomar las armas a buena parte de Francia. Llegaba a la ciudad, daba la alarma enseguida»***. Y el alcalde de Péronne lo reconocía con franqueza: ***«Queremos vivir en el terror —decía—. Gracias a los ruidos siniestros podemos disponer de una milicia formada por tres millones de burgueses esparcido por todo el país»***.

Como se ve, los burgueses sabían lo que debían hacer. Y, de este modo, durante el otoño de 1789 la burguesía estaba armada hasta los dientes, dominando municipios ya reorganizados en los términos marcados por la nueva ley y al frente de una poderosa milicia. Y cuando el pueblo, haciendo un extraordinario esfuerzo revolucionario, ataca la propiedad reconstituida, se encuentra ante sí al burgués gritando: «¡Alto ahí! Has hecho l***o que te hemos pedido, pero ya no irás más lejos. Has abolido al Antiguo Régimen, pero el Nuevo Régimen lo haremos nosotros. Hemos proclamado la ley marcial y en el momento en que el alcalde despliegue la bandera roja, se te fusilará, se te masacrará para obligarte a volver a tus tugurios!»***

Durante este tiempo, el Tercer Estado iba votando ley tras ley en la Asamblea Nacional para reorganizar el país según su ideal. Leyes que en tiempos ordinarios habrían necesitado años para ser adoptadas, fueron promulgadas en pocos días. Los juristas las admiran todavía por su lucidez, su elegancia, por su previsión de los más pequeños detalles. Europa lleva un siglo copiándolas.

A la burguesía no la habían pillado desprevenida. No hacía más que trasladar por escrito lo que ya había meditado y estudiado desde hacía mucho tiempo. Pero si estas leyes pudieron convertirse en realidad, y no quedar en papel mojado, se debió a la revolución, a la que no le bastaba con la nueva proclamación de los Derechos del Hombre, cuando en la práctica ello se traducía en la organización de la servidumbre. Afortunadamente, la aristocracia y la Corte no se dieron por vencidos. Lucharon contra las leyes de la Constituyente, conspiraron… y la revolución tuvo que continuar. Continuó y, en efecto, gracias a la gran lucha que pronto tuvo que sostener, no se paró ante las vagas declaraciones del cuerpo legislativo.



Si la historia de la Gran Revolución, tal y como ha sido contada por Michelet, Louis Blanc o incluso Mignet ha ayudado notablemente a revelar al mundo entero el espíritu de la revuelta y el odio a los tiranos, por otra parte ha hecho un mal increíble cultivando el prejuicio gubernamental, otorgando a los gobiernos revolucionarios y al club de los jacobinos una importancia que nunca tuvieron, menospreciando el rol de las masas y creando una tradición revolucionaria completamente falsa.

Leyendo estas historias, se nos convence de que son representantes del pueblo quienes han hecho la revolución, quienes han tomado la iniciativa de derribar al Antiguo Régimen, haciendo de vez en cuando una llamada al pueblo para sostener sus reivindicaciones.

Nada de eso sucedió en realidad, y no hay nada más falso que esta manera, muy acreditada, de concebir la Revolución. Los representantes de la nación se esforzaron, en efecto, en organizar el poder de la burguesía, en centralizar el poder en sus manos en beneficio de la burguesía. Sin embargo, empezaron a hacerlo a medida que la revuelta popular destruía el Antiguo Régimen, e intentando salvar lo más posible de las instituciones del pasado.

En cuanto a su fuerza de ataque, fue insignificante, como ya ha quedado dicho, y se puede afirmar, sin exageración, que toda la obra de demolición fue llevada a cabo por el pueblo, al margen de las Asambleas y contra sus deseos. Fue el pueblo quien abolió las servidumbres feudales a pesar de la resistencia de sus repre-

sentantes. Fueron los «pies-descalzos» quienes desorganizaron los resortes de la antigua monarquía: sus parlamentos, sus instituciones provinciales, su administración fiscal y su fuerza represiva, a pesar de los edictos feroces proclamados contra ellos por esos que se denominaban sus representantes.

Se ha dicho en alguna ocasión que los representantes del pueblo en la Asamblea Constituyente, en la Cámara Legislativa y sobre todo en la Convención, han sancionado, por lo menos, los hechos revolucionarios ya llevados a cabo, y que esta sanción los generalizó dándoles fuerza de ley, pero esto es decir demasiado. De hecho, todo lo que el pueblo pudo obtener, se consiguió forzando a los asambleístas, amenazándoles desde lo alto de los anfiteatros y tribunas para que reconocieran algunos hechos y los tradujeran en leyes, aunque sus leyes más avanzadas fuesen siempre compromisos con el pasado: componendas mediante las que se buscaba salvar, frente al pueblo insurgente, una parte de los antiguos privilegios **[3]**.

Las Asambleas, incluyendo la Convención, fueron siempre un lastre para la Revolución. Nunca asumieron la vanguardia de la obra revolucionaria, digan lo que digan Michelet o Louis Blanc.

Resulta imposible, en el presente texto, seguir paso a paso la Revolución para demostrar lo que aquí apuntamos. Algunos ejemplos bastarán para probar la exactitud de nuestra opinión.

Tomemos el hecho más importante de la Revolución, la abolición de los derechos feudales, y veamos cómo se produjo:

Es conocida la leyenda de la noche del 4 de agosto de 1789. El clero y la nobleza, llevados de un espíritu patriótico, habrían abdicado de sus derechos en esa noche memorable. Así lo ve la historia. Para probarlo ¿acaso no se aducen los discursos declamatorios del duque de Aiguillon, del duque de Noailles, del arzobispo de Chartes y de una veintena de nobles?

¡Palabras, sólo retórica! Entusiasmo que sólo duró unas horas, en el mejor de los casos, y si es que fue sincero.

De entrada, lo cierto es que fue una noche de pánico y no de entusiasmo. Los castillos ardían o habían sido saqueados en pocas semanas; sobre todo en las provincias del este, los campesinos se habían mostrado muy feroces hacia algunos señores, les habían encadenado los pies para obligarles a abdicar sus derechos (por lo menos eso se dijo en París) y las noticias que llegaron de las provincias precipitaron y aumentaron los acontecimientos.

«¡No son los bandidos quienes hacen esto! —decía el duque de Aiguillon— pero el pueblo ha hecho una especie de liga para derribar los castillos, devastar las tierras y, por encima de todo, apoderarse de los archivos» (donde estaban consignados los cánones feudales).

Es el pánico el que habla y no el entusiasmo. Pero ¿qué proponían estos audaces revolucionarios del Tercer Estado tras constatar los hechos de la Jacquerie?

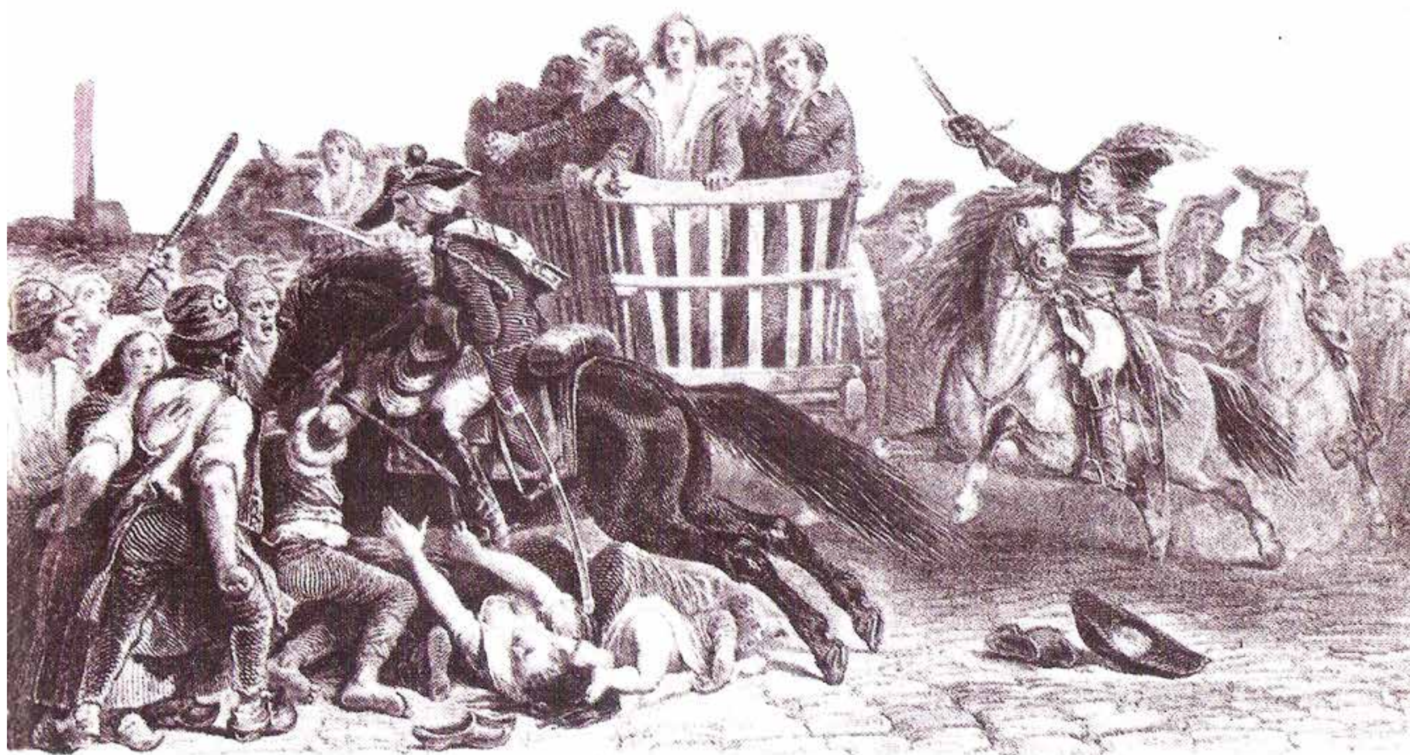
Si se consulta el Moniteur, se verá que acudieron a las sesiones para solicitar una ley que protegiera a los nobles contra los campesinos insurrectos. Afortunadamente, los nobles estaban mejor informados sobre la situación en los campos. Sienten que se juegan la piel. Comprenden que el gobierno es impotente y que una ley más no va a detener la Jacquerie, saben que todos sus privilegios se van a ir a pique a la vez. Intentarán salvar lo esencial sacrificado ***«en el altar de la patria»*** aquello que no tiene valor: se apresuran a renunciar a la servidumbre personal, precisamente lo que los campesinos hacía siete u ocho meses que ya no pagaban; renunciaron a la justicia señorial que ya no pueden ejercer más, ya que en ese momento, primaba la justicia de los campesinos.

Tras todas estas ambiciones ¿qué decidió la Asamblea Constituyente?

Declara que quedan abolidos los derechos feudales: así empieza su decreto. Pero cinco o seis líneas más adelante nos muestra que, de hecho, no ha abolido lo que ya no existe, las servidumbres personales —los informes de los intendentes lo constatan— que no habían sido cumplidas desde 1788, y de las que Chassin nos dice que para restablecerlas hubiese hechos falta poner sitio a cada pueblo por separado, ¡y aún así!

En cuanto a servidumbres reales, las únicas que poseían todavía un valor pecuniario, el decreto del 4 de agosto las mantiene íntegramente. Los campesinos tenían sólo el derecho de redimirse si se ponían de acuerdo con sus señores respecto del precio a pagar por obtener la redención. Así pues, resulta que la Asamblea revolucionaria hizo menos a este respecto que el gobierno ruso en 1861. No restituye la redención obligatoria, no determina el precio de la redención: «¡Entendeos con vuestros señores! ¡Si quieren dejaros rescatar por vía de pago vuestras obligaciones feudales, tanto mejor! ¡Si no quieren, pues peor! Pero pagad, pagad inmediatamente, y si no pagáis los ayuntamientos se encargarán de haceros entrar en razón».

[3] Leverdays, en un libro por desgracia poco conocido **Les Assemblées parlantes**, (Plammarion y Marpon, 1883) se ha referido a la Convención. Aunque todavía no ha podido analizar ninguno de sus decretos, su análisis ha probado que incluso la Convención «depurada» no ha hecho otras cosas que votar compromisos.



Esta es la esencia de los famosos decretos del 5, 6, 8, 10 y 11 de agosto. Se comprende ahora porque ni uno sólo de los historiadores de la Revolución han reproducido el texto de esos decretos. ¡Bien que se han guardado de hacerlo!

«El descontento es general en el campo después de estos decretos» escribía la reaccionaria Madame Staël, ***«si no se hacen mejores, la Jacquerie empezará de nuevo»***.

Y la Jacquerie empezó de nuevo con vigor.



En el fondo, los decretos de agosto, no eran más que declaraciones de principios. Esos legisladores, de tan pulcro estilo, tan claros cuando redactaban las leyes concernientes a la organización política de la autoridad burguesa, se limitaban a frases escuetas cuando se trataba de propinar un ligero rasguño a alguno de los privilegios económicos que compartían con los nobles.

Tampoco se dieron prisa en promulgar los decretos. Habiéndose negado el rey a sancionarlos, no le instaron a que obedeciese. Fue necesario que el pueblo, las mujeres, llevasen al rey a París el 5 de octubre para que éste se decidiera a dar su sanción. Pero después de haberla obtenido, la Asamblea se limitó a enviar los decretos a los parlamentos, y el hecho es que nunca fueron debidamente promulgados.

Mientras tanto, los campesinos, que se enteraron vagamente de que se habían hecho objeciones a la abolición de las obligaciones feudales en Versalles, se envalentonaron de nuevo, prolongando la Jacquerie. Si bien en febrero de 1790 el Comité de Relaciones constataba que la insurrección campesina continuaba todavía, que Quercy, Rougerne, le Perigard, la Baja Bretaña estaban envueltas en llamas, que la insurrección se había dirigido hacia el oeste, pedía que se le explicara de una vez, y de manera concreta y precisa, qué derechos feudales habían sido abolidos y cuáles estaban en vigor, a la vez que solicitaba medidas drásticas contra los campesinos. ¿Qué hizo la Asamblea Nacional? Expresó su disgusto, y concedió permiso a los ayuntamientos para que colgasen sumariamente a los campesinos insurrectos, para aplicar el decreto del 10 de agosto, un decreto draconiano contra los «bandidos».

Hubo que esperar hasta marzo de 1790 para que se decidiesen a precisar los derechos feudales abolidos. Pero todavía en junio del mismo año hizo una ley por la cual aquellos que no pagasen los diezmos y los impuestos feudales por la explotación agrícola serían castigados severamente. ¡Y todavía más! Aquellos que simplemente osaran hablar en contra de las obligaciones feudales serían sometidos a los rigores de la ley marcial **[4]**.

Afortunadamente, Francia carecía de gobierno. Las asambleas se sucedían, los jefes pavoneaban y presumían de las medallas que ellos mismos se otorgaban tanto en París como en provincias, pero sus poderes no eran reales. La Jacquerie continuaba y, de hecho, se abolieron los derechos feudales, los mismos que la ley todavía mantenía.

Pero, vamos a ver en qué fecha fueron abolidos, sin pago de rescate, por la ley. Pues hubo que esperar hasta el 14 de junio de 1792, mediante un golpe de Jarnac en la Asamblea. Cuando ya sólo permanecían en la sala 200 diputados de izquierda sobre 497, se hartaron de salvaguardar una ley formal, reconociendo los hechos establecidos.

¡Y se nos habla de los principios de 1789! ¡De las grandes tareas de las asambleas revolucionarias! ¡Mentiras, fábulas inventadas para dirigir a los rebaños humanos!



Se sabe que en Francia, como por doquier en Europa, antaño las comunas o municipios poseían el suelo del territorio. El señor —barón, conde o duque— tenía derecho sólo a cierto número de días de trabajo de los cultivadores establecidos en las tierras sometidas a su jurisdicción y a sus enmiendas judiciales; a cambio de ello estaba obligado a armar y mantener a caballeros e infantes y prepararlos para la guerra. Más adelante, fue necesaria toda la casuística del derecho romano, comentada e interpretada por los juristas, para dotar a los señores de menos tierra, pues antiguamente no eran más propietarios de la tierra que el emperador de Alemania o de Rusia lo son del pueblo ruso o alemán. Sabemos también que durante toda la segunda mitad de la Edad Media, los señores intentaron y consiguieron acaparar la mayor parte de las tierras otrora comunales.

No obstante, en el siglo XVIII las comunas poseían todavía inmensos lotes de tierras que fueron objeto permanente de la codicia tanto de los señores como de los campesinos enriquecidos —los burgueses de los pueblos—. Durante este siglo los señores hacían la ley y se aprovecharon lo más que pudieron para apropiarse a gran escala de las tierras comunales. Hicieron lo que los señores ingleses han venido haciendo los últimos cien años, y hacen todavía, apoderándose de las mejores tierras, dejando que las comunas litigasen por causas que tenían ya perdidas.

Pues bien, desde que la Revolución empezó con las revueltas en los pueblos, los campesinos se marcaron dos metas principales: la abolición de las servidumbres feudales y la posesión de las tierras que las habían robado los señores laicos y eclesiásticos.

Ya sabemos cómo los «revolucionarios» se las ingeniaron para conservar hasta donde les fuera posible la antigua servidumbre, pues bien, hicieron lo mismo respecto a la devolución de las tierras comunales. Los campesinos aprovecharon la confusión constante de los gobiernos para tomar posesión de las tierras, y los revolucionarios burgueses, a quienes los historiadores tratan con tanta delicadeza y consideración, lo impidieron por todos los medios. Y cuando los campesinos, a pesar de las leyes feroces contra aquéllos que «pretendían atentar a la propiedad», se adueñaron de una buena parte de las tierras comunales, veamos lo que hicieron los burgueses para conservar su botín.

Hasta Turgot, los pueblos franceses estaban organizados más o menos como lo están todavía los pueblos rusos de hoy. Existía la asamblea plenaria de todos los cabezas de familia para discutir en común los asuntos de la comuna. Era el mir, tal y como lo ha descrito Lavelaye respecto de Rusia y Babeau respecto de Francia. El pueblo repartía periódicamente la posesión de los terrenos comunales, en algunos lugares se llegaba a la repartición de los campos cultivados, tal y como se hace aún en Rusia. El pueblo entero se

[4] Los historiadores se guardan mucho de mencionar este decreto. Se puede encontrar en el Moniteur.

hacía responsable del pago de los impuestos.

Turgot cambió todo esto. La responsabilidad común fue abolida y, con el pretexto de que las asambleas plenarias era ***«demasiado alboroto»***, este amigo del orden burgués, a quien los burgueses de hoy consideran un gran hombre, las suprimió de un plumazo. Las sustituyo por asambleas elegidas, en las que algunos miembros eran notables del pueblo. Los campesinos proletarios, ésos que no disponían ni de buey ni de arado y sólo tenían un pedazo de tierra en el que hundir la azada, (eran los más numerosos) perdieron así toda influencia sobre la administración de los bienes comunales.

Turgot hizo lo que los burgueses rusos están intentando hacer y harán cuando puedan dictar la legislación del país.

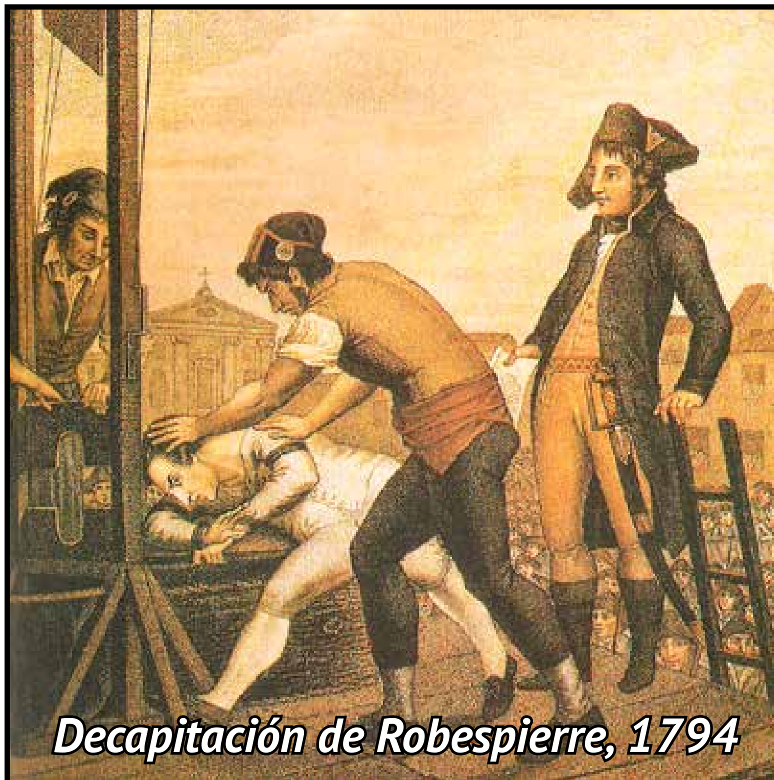
La Revolución no hizo más que retomar la obra de Turgot. Se apresuró a establecer una distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. Únicamente los primeros —es decir, los ricos— tendrán derecho al voto en los asuntos nacionales municipales.

El poder político y el poder económico iban de la mano cuando una parte de las tierras comunales fueron tomadas por los campesinos. Entonces la Asamblea Legislativa se apresuró a autorizar a las comunas —o más bien a los Consejos comunales elegidos por los ricos— a vender los bienes comunales. Y eso era precisamente lo que los pequeños burgueses anhelaban desde hacía tiempo. Inmediatamente las mejores tierras pasaron a sus manos.

Sin embargo, los proletarios no lo entendían así, fue entonces cuando en cada pueblo se inició una dura lucha entre los pobres y los ricos. Ahí donde los pobres se sentían amenazados o atacados invadían los municipios a golpe de garrote, tomaban la plaza y quemaban los documentos de ventas. Y como la fuerza estaba en ocasiones de su parte, obligaban a la Legislativa a suspender la venta de bienes comunales. Pero los burgueses se desquitaron votando —y resulta difícil de creer— la repartición de los bienes comunales a partes iguales entre los ciudadanos activos únicamente. Los campesinos pobres fueron excluidos del reparto; las familias que sólo disponían del prado comunal para hacer pastar a algunas ovejas y el bosque comunal para recoger leña, fueron privadas de estos últimos recursos. No tendrán más remedio que abandonar el pueblo, ir a la ciudad y engrosar las filas del proletariado industrial.

Y esto era precisamente lo que necesitaban los burgueses. Soñaban con la gran industria, con las grandes transacciones comerciales. El ideal de Robespierre y de Saint-Just —lo hemos mencionado antes— era la industria y la constitución inglesa, industria para la cual hacía falta un proletariado, millones de miserables forzados a venderse a razón de uno o dos francos por día. Les convenía que fuese gente sin recursos y sin organización alguna; y la burguesía se apresuró a votar leyes draconianas contra las coaliciones obreras —denominadas antipatrióticas— y las huelgas.

Mediante este reparto de las tierras comunales sólo entre los ricos, la burguesía mató dos pájaros de un tiro: incorporaba a su Revolución a los campesinos ricos y creaba un proletariado necesario para la industria **[5]**. Afortunadamente, la Jacquerie de los desheredados resurgió con renovado vigor contra los acaparadores burgueses, ya no exclusivamente contra los nobles. En la Convención la lucha se tradujo por la insurrección de algunas secciones de la Comuna parisina, la destitución del anterior consejo de la Comuna y la masacre de los girondinos.


Decapitación de Robespierre, 1794

Durante este corto intervalo de triunfo de los anarquistas, el pueblo logró forzar a la Convención a votar una ley por la cual las tierras tomadas a los señores por las comunas, serían repartidas a partes iguales entre todos los habitantes del pueblo. Medida igualitaria, a primera vista, pero mala en el fondo, puesto este decreto nunca fue aplicado. Los proletarios de los campos prefirieron conservar su parte en el campo comunal que tomar posesión de un pedazo de tierra —el menos bueno, evidentemente— pues pronto se habrían visto obligados a abandonarlo por no poder cultivarlo adecuadamente. De este modo las comunas conservaron, a pesar de los edictos de la feroz Convención, millones de hectáreas de tierras comunales.

Añadamos, por último, que «el orden» fue muy pronto restablecido por Robespierre, que hizo guillotinar a «los anarquistas», de esta manera empezaron a denominar desde entonces a los hebertistas y a todos los revolucionarios irrespetuosos de la propiedad burguesa, y que las leyes contra los acaparadores, el precio tope de las mercancías, etc., no fueron más que un compromiso. Se continuó manteniendo la propiedad burguesa aunque se limitó moderadamente. Pero esta limitación, como se sabe, se acabó desde que el Club de los jacobinos se hizo dueño de la situación. No obstante, abandonado por el pueblo revolucionario, también a é le llegará su hora en el golpe de Estado de Termidor **[6]**.

[5] Nunca se ha explicado la terrible insurrección de la Vendée. **(Desde que Kropotkin escribió este texto, han aparecido diversos trabajos sobre el tema. No obstante damos aquí la versión del autor, siempre preocupado por sacar a la luz los temas ocultos o silenciados enteramente por los historiadores. N. del T.)**. Quien conozca un poco la historia sabe que todas las guerras denominadas religiosas han tenido siempre como motivo una cuestión de orden económico. Las carnicerías de los hussitas, las sublevaciones de tiempos de la Reforma, incluso los «autos de fe» de la Inquisición, tuvieron causas económicas.

La Vendée no fue una excepción a la regla. Estamos convencidos que cuando la historia de la Vendée sea hecha por historiadores que no sean ni monárquicos ni burgueses revolucionarios, se verá que esta gran insurrección tuvo como causa la ira contra los decretos burgueses de los legisladores de la Revolución. Las tierras comunales debían haber sido para muchos. En cuanto a la religión, al Rey, a la flor de lis, etc., no eran más que emblemas, símbolos del malestar económico. Pero nada de esto se sabrá mientras los historiadores no presten atención a los orígenes de los movimientos populares y se sigan limitando a copiar rutinariamente. ¡Les amis de la liberte! Ninguna historia de la Gran Revolución menciona ni siquiera los decretos feudales y de las tierras comunales; hay que buscarlos en Dalloz o en las colecciones de leyes. Dos exploradores solamente, dos rusos (Vassilchikov y Karéev) han intentado conocer el tema. Incluso el último de ellos sólo ha estudiado en los archivos los inicios de la revolución, y el primero, escribiendo en Rusia, no ha podido consultar más que documentos de segunda mano. En cuanto a los burgueses franceses tienden a ensalzar la obra de sus abuelos y aturdir al pueblo con grandes discursos para mejor explotarle en la próxima ocasión.

[6] Véase Mignet.

La democratización directa de 1793

Daniel Guerín

(extraido de La Revolución desjacobinizada, 1956)

Ante todo, la Revolución Francesa fue la primera manifestación histórica, coherente y a gran escala, de un nuevo tipo de democracia. **La Gran Revolución** no fue únicamente, como creyeron muchos historiadores republicanos, la cuna de la democracia parlamentaria: al ser al mismo tiempo que una revolución burguesa, un embrión de revolución proletaria, llevaba en sí el germen de una nueva forma de poder revolucionario, cuyos rasgos se acentuarían en el curso de las revoluciones de fines del siglo XIX y en las del siglo actual. Salta a la vista la línea de filiación que va de la Comuna de 1793 a la de 1871, y de ésta a los soviets de 1905 y 1917.

Quisiera limitarme aquí a precisar sumariamente algunos de los rasgos generales de la ***«democracia directa»*** de 1793.



Bajar a las secciones, a las sociedades populares del año II, es como recibir un baño vivificador de democracia. La depuración periódica de la sociedad, por sí misma, con la posibilidad, abierta a todos, de subir a la tribuna para ofrecerse al control de los demás, la preocupación por asegurar la expresión más perfecta posible de la voluntad popular, por impedir su sofocamiento a manos de los charlatanes y los ociosos, por dar a los hombres de trabajo la posibilidad de abandonar sus herramientas sin sacrificio pecuniario para que así participaran plenamente en la vida pública, por asegurar el control permanente de los mandantes sobre los mandatarios, por colocar a hombres y mujeres en absoluto pie de igualdad en las deliberaciones, tales son algunos de los rasgos que caracterizan a una democracia realmente propulsada de abajo arriba.

El **Consejo General de la Comuna** de 1793 —al menos hasta la decapitación de sus magistrados por el poder central burgués— ofrece también un buen ejemplo de democracia directa. Los miembros del Consejo son delegados de sus secciones respectivas, están en contacto permanente con ellas y se hallan bajo el control de quienes les dan el mandato; además se mantienen siempre al tanto de la voluntad de la base porque a las sesiones del Consejo concurren delegaciones populares. En la Comuna no se conoce el artificio burgués de la ***«separación de poderes»*** entre el ejecutivo y el legislativo. Los miembros del Consejo son a la vez administradores v legisladores. Aquellos modestos descamisados no se convirtieron en políticos profesionales, siguieron siendo hombres de su oficio, ejerciéndolo en la medida en que se lo permitían sus funciones en la Casa Comunal, o dispuestos a ejercerlo nuevamente cuando terminara su mandato.

Pero el más admirable de todos estos rasgos es, sin duda, la madurez de una democracia directa practicada por primera vez en un país relativamente atrasado, recién salido de la noche del feudalismo y el absolutismo, sumido aún en el analfabetismo y el hábito secular de la sumisión. No hubo asomos de «anarquía» ni desorden en esta gestión popular, inédita e improvisada. Para convencerse de ello, basta con hojear los diarios de trabajo de las sociedades populares, las actas de las sesiones del Consejo General de la Comuna. En ellos vemos a las masas, como si tuvieran conciencia de sus tendencias naturales a la indisciplina, animadas de un ansia constante de disciplinarse. Ellas mismas ordenan sus deliberaciones y llaman al orden a los que se muestran tentados a turbarlo. Aunque en 1793 su experiencia de la vida pública es muy reciente, aunque la mayoría de los descamisados, guiados es cierto por pequeñoburgueses cultos, no saben leer ni escribir, dan ya pruebas de una aptitud para el autogobierno que todavía hoy los burgueses, ansiosos de conservar el monopolio de la cosa pública, se obstinan en negar contra toda evidencia, y que ciertos teóricos revolucionarios, imbuidos de su superioridad intelectual, tienden a subestimar con frecuencia.

Clases y partidos en la Revolución francesa

Angel J. Cappelletti

Caracas, 1989 (incluido en Ensayos libertarios, 1994)

La Revolución francesa suele presentarse como un levantamiento triunfante de la burguesía contra el dominio de la aristocracia, cuyo fruto político fue la sustitución de la monarquía absoluta por una república democrática. La historiografía oficial apoyó, desde los mismos años que presenciaron los hechos revolucionarios, tal versión. Una larga serie de historiadores, desde Louis Blanc hasta Daniel Guérin, pasando por Jean Jaurés, ha propuesto, sin embargo, interpretaciones diferentes, que tienden a poner de relieve la participación de las clases populares y los componentes «socialistas» de la revolución, aunque dichas interpretaciones están lejos de concordar entre sí. Lo importante parece señalar la acción del pueblo en la gesta revolucionaria, junto a la existencia de un pensamiento ***«comunista»*** (Mably, D'Argenson) y, más que ***«liberal»***, ***«libertario»*** (Maréchal, Diderot), en los escritores de la época.

La burguesía llevaba un plan claro y definitivo, que tendía a establecer, en lo político, un Estado unitario (con la eliminación de los privilegios feudales y de las autonomías locales) y una monarquía constitucional, sujeta a la vigilancia del parlamento (integrado por propietarios y burgueses), y, en lo socio-económico, el absoluto laissez faire, es decir, ***«libertad entera de las transacciones para los patronos y estricta prohibición de coaliciones entre los trabajadores»*** (Kropotkin, **La gran revolución**). El pueblo, en cambio, no tenía un proyecto definido, aunque sus ideas eran claras respecto a lo que debía destruir. Se fundaban en el odio a la aristocracia ociosa, al clero justificador de la opresión, a las instituciones del Antiguo Régimen. Tenían sus raices ***«en la desesperación del campesino, cuando el hambre reinaba en las villas y en las aldeas»*** (Kropotkin, *op. cit.*). Ahora bien, sin esas ideas deletéreas y sin ese odio alimentado por la secular opresión, la burguesía nunca hubiera conseguido derribar la monarquía y poner fin al feudalismo. En los **Estados Generales**, las clases populares no tuvieron casi representación alguna. La burguesía se atribuyó el papel de portavoz de las mismas, pero al mismo tiempo evitó cualquier planteamiento tendiente a satisfacer sus esenciales aspiraciones, como el otorgamiento de la



tierra a las comunidades de trabajadores agrarios. Todo lo que tuvo alguna importancia en las resoluciones de la Asamblea del Tercer Estado se debió a la presión de las clases bajas, sin las cuales los «valerosos» representantes de la burguesía no hubieran conseguido vencer su timidez. En los meses previos a la toma de la Bastilla se delineaban con toda claridad dos corrientes revolucionarias, que representaban los ideales y las aspiraciones de clases diferentes: el movimiento político de la burguesía y el movimiento popular. ***«Ambos se daban la mano en ciertos momentos, en las grandes jornadas de la Revolución, por una alianza temporal, obteniendo grandes sobre el Antiguo Régimen. Pero la burguesía desconfiaba siempre de su aliado del día, el pueblo. Así se caracterizaba lo ocurrido en julio de 1789. La alianza fue concluida sin buena voluntad por la burguesía y por lo mismo, ésta se apresuró el día 15 y aún durante el movimiento a organizarse para sujetar al pueblo rebelde»*** (Kropotkin, op. cit.).

Es evidente que la emergente burguesía utilizó a las clases bajas en su lucha contra el absolutismo y la aristocracia, pero es igualmente claro que en ningún momento dejó de sentir hacia aquellas clases una profunda desconfianza y un temor no injustificado, ya que el propósito de las mismas no era otro que el de hacer efectivas la libertad y la igualdad proclamadas por la revolución, lo cual suponía acabar también con toda expectativa de predominio burgués. En el proyecto de la burguesía se contemplaba la instauración de una monarquía constitucional (al estilo inglés) más bien que la de una república democrática. Cuando los campesinos exigieron la total abolición del derecho feudal (ya en 1789), los burgueses reaccionaron con miedo y, tras una aparente prudencia legislativa, escondieron su temor a la igualdad social. Con frecuencia se armaron y combatieron contra los campesinos: ***«El pánico se apoderó de los burgueses y se esperaba a los "bandidos". Se habían visto "seis mil" avanzando para saquear todo, y la burguesía se apoderaba de las armas existentes en el Ayuntamiento o en las armerías, y organizaba su guardia nacional, temiendo mucho que los pobres de la ciudad, haciendo causa común con los "bandidos", atacasen a los ricos»*** (Kropotkin, *op. cit.*).

La historiografía liberal suele ignorar esta confrontación, no pocas veces violenta, entre la burguesía (ansiosa por apoderarse de los bienes de la nobleza y del clero y por asumir los cargos importantes del gobierno y la administración) y el pueblo rural y urbano. Jean Jaurés la señaló ya en su **Historia socialista de la Revolución francesa**, pero la historia oficial nada dice de las milicias creadas por la burguesía para aplastar a los aldeanos inconformes y de las duras leyes que los diputados burgueses votaron en la Asamblea para reprimir sus protestas. Es claro que a estos hechos no se debe aludir en las celebraciones gubernamentales y diplomáticas ni en los homenajes ***«centenarios»*** (organizados por mandatarios ***«socialistas»***).

La Revolución francesa, a diferencia de la inglesa (1648-1657), no se contentó con afirmar la libertad religiosa, sino que estableció las bases de la igualdad social y hasta llegó, como dice Kropotkin, a ***«proclamar los grandes principios del comunismo agrario, que veremos surgir en 1793»***. En Inglaterra la burguesía accedió al poder político y logró una gran prosperidad comercial e industrial, aunque no sin verse obligada a compartir el uno y la otra con la aristocracia. Pero, aunque ésta era también la meta de la alta burguesía de Francia, aquí la revolución ***«fue sobre todo un levantamiento de los campesinos: un movimiento del pueblo para entrar en posesión de la tierra y librarla de las obligaciones feudales que pesaban sobre ella; y aunque había en esto un poderoso elemento individualista —el deseo de poseer la tierra individualmente— había también el elemento comunista: el derecho de toda la nación a la tierra, derecho que veremos proclamar altamente por los pobres en 1793»*** (Kropotkin, *op. cit.*).

Mientras la burguesía entendía la proclamada «igualdad» como igualdad ante la ley, el pueblo la interpretaba como igualdad social y económica y se esforzaba por llegar al nivel de la realidad concreta lo que no era sino una abstracción jurídica. La ***«Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano»***, basada en la ***«Declaración de la Independencia»*** de los Estados Unidos y redactada por representantes de la burguesía, seguía considerando ***«inviolable y sagrado»*** el derecho de propiedad. El célebre abate Siéyes, vocero de esa burguesía, proponía por entonces una división general de la población de Francia en ciudadanos activos, es decir, propietarios (con derecho a elegir para el gobierno) y ciudadanos pasivos, esto es, proletarios (sin derechos políticos). Poco después, la Asamblea, dominada por representantes de la burguesía, acogía esta dicotomía como principio esencial de la Constitución, con lo cual la igualdad, ***«apenas proclamada, era —como dice Kropotkin— vilmente violada»*** (op. cit.).

Desde entonces, los usufructuarios (ya que no los únicos protagonistas, como se pretende) de la Revolución, interpretaron el principio de igualdad anunciando que ***«todos los hombres son iguales, pero algunos son más iguales que otros»***. La lucha de clases durante la Revolución francesa se desarrolló entre tres contendientes principales:

1. La aristocracia y el alto clero, que poseían la mayor parte de las tierras útiles, apoyaban a la monarquía absoluta y eran apoyados por ella.

2. La burguesía, nueva clase emergente, que aspiraba a sustituir a la aristocracia en el gobierno y en la propiedad territorial, contraria al feudalismo y al absolutismo real, y proclamaba la libertad individual y la igualdad ante la ley.

3. El pueblo urbano y rural, formado por artesanos, obreros, peones, soldados, campesinos sin tierra, etc., que apoyaba, en principio, la lucha contra el feudalismo y la monarquía; que aspiraba a una igualdad real (social, política y económica) y a una libertad efectiva, y que fue quien vertió su sangre por la Revolución.

La burguesía, con ayuda del pueblo, venció a la aristocracia. Pero se quedó con los bienes y aun con los privilegios de ésta, y para defenderlos se vio obligada a sostener una lucha, mucho más dura y cruel que la primera, contra el pueblo mismo sobre cuyas espaldas se había encaramado.

Las clases sociales en pugna tenían sus órganos políticos que, si no eran partidos en el sentido actual de la palabra, asumían el papel de éstos en los cuerpos legislativos, en los poderes públicos, en el periodismo, etc.



1. los aristócratas y el clero formaban el partido del absolutismo, que luchaba por la defensa del statu quo y por la conservación de los privilegios feudales. En un momento dado (durante el Terror), este partido se tornó enteramente clandestino. De hecho, llegó a ser el partido de los ***«emigrados»***, víctimas compadecidas y mimadas por las cortes alemanas y por el Papa. Este partido representaba obviamente la extrema derecha, que no careció de ideólogos brillantes como De Maistre.

2. En el seno ya de los enemigos del absolutismo, la burguesía estaba representada por diversos grupos o partidos que, de derecha a izquierda, eran:

a) Los monárquicos constitucionales (admiradores de las instituciones inglesas).

b) Los girondinos, partidarios de una república moderada.

c) Los jacobinos, que proponían una lucha radical contra la monarquía y el feudalismo, y aspiraban a la total liquidación del poder de la nobleza y del clero. Dentro del partido jacobino se dieron diferencias ideológicas importantes, que configuraron tendencias contrapuestas. Robespierre, pese a su personalidad de censor y de verdugo, fue un moderado, que consideraba postergable el planteamiento de la cuestión agraria y de los problemas sociales. Más hacia la izquierda se situaba Marat y más todavía Hebert, el cual se inclinaba ya hacia las ideas comunistas, aunque seguía considerando la conquista del poder político más importante que cualquier cambio en el régimen de la propiedad.

Constituye un grave error la exaltación del jacobinismo como la ***«izquierda»*** de la revolución. Los jacobinos fueron, en realidad, la izquierda de la burguesía. El terror que instauraron estaba ideológicamente vinculado con su concepción centralista del Estado, con su idea de la ***«dictadura democrática»***, con su propósito de utilizar al pueblo antes que de serle útil. En este error incurrieron muchos historiadores marxistas-leninistas, como A. Soboul (**La Revolution francaise**), que, aun reconociendo el papel de la masa popular en la gesta revolucionaria, trataron de minimizar, con óptica rigurosamente estalinista, los intentos de autogestión y de democracia directa, puestos de relieve, en cambio, por D. Guérin y, ya antes, en alguna medida, por M. Aulard. Más allá del jacobinismo, aunque originadas en él, surgieron las sociedades secretas comunistas, promovidas desde 1794 por Babeuf y Buonarroti, que postulaban la nacionalización de la tierra. Pero más allá de este comunismo centralista (llamado a desembocar en Blanqui y en Lenin), hay todavía un comunismo abierto y popular, muchas veces libertario y federalista, desarrollado en calles y plazas y predicado en las secciones de barrios, cuyos exponentes fueron, entre otros, Varlet, Chalier, Leclerc, Jacques Roux (***«el cura rojo»***) (M. Dommanget, **Jacques Roux. Le curé rouge**, 1948), Dolivier (cura de Mauchamp y autor de un **Ensayo sobre la justicia primitiva**), Boisel (que escribió el **Catecismo del género humano**), L'Ange (a quien Michelet considera como un predecesor de Fourier). Pero también el redactor del célebre Manifiesto de los Iguales, Sylvain Maréchal, rechaza tanto la propiedad privada como cualquier forma de gobierno (M. Dommanget, **Sylvain Maréchal L'egalitaire**, 1950). Ésta era la ideología de las clases populares; ésta era la verdadera izquierda de la revolución. ***«No más propiedad individual de las tierras: la tierra no es de nadie. Reclamamos y queremos el disfrute común de los frutos de la tierra: los frutos son de todo el mundo»***, dice Maréchal en el Manifiesto. Pero también declara allí que, ***«al instaurarse la comunidad de bienes, desaparecerá toda diferencia entre gobernantes y gobernados, y afirma tácitamente la abolición del Estado»***. Maréchal no fue el único anarquista de la revolución, aunque sí el más representativo, como dice Leo Valían (***«La genesi dell' anarchismo»***, en **Anarchici e anarchia nel mondo contemporaneo**, 1971). De hecho, en 1793, los burgueses girondinos y aun jacobinos solían llamar a los oradores y periodistas populares, cuyas voces eran oídas en las secciones comunales, ***«anarquistas***».

Un balance de los hechos e ideas que conformaron ***«la Gran Revolución»*** nos obliga, pues, a afirmar que en ella el papel protagonista correspondió al pueblo más que a la burguesía (aunque ésta lograra capitalizar para sí sus éxitos militares); que desde el comienzo se advirtió una poderosa tendencia al comunismo (que se puede encontrar inclusive en filósofos como el girondino Condorcet); que los municipios y las secciones barriales, es decir, los organismos de base, tuvieron un papel fundamentalísimo; que en los hechos revolucionarios pesó más la acción espontánea del pueblo que la planificada estrategia de los partidos burgueses; que la extrema izquierda de la revolución no la configuraron los jacobinos de Robespierre, de Saint-Just, de Marat o de Hebert, ni siquiera los ***«iguales»*** de Babeuf y Buonarroti, sino los ***«anarquistas»*** como el cura Roux, L'Ange, Maréchal y congéneres, cuyas fortalezas eran las secciones y clubes de barrio.

En el campo —y no debe olvidarse ni por un momento, frente al protagonismo de París, que la Francia de 1789 era aún mayoritariamente rural— los aldeanos exigieron la abolición de los privilegios feudales y despojaron a los aristócratas de aquellas tierras que en los siglos anteriores le habían sido arrebatadas a la comuna. Al mismo tiempo, luchaban contra la influencia del clero, protegían a los descamisados y detenían a los nobles que regresaban de la emigración para atentar contra la República. Más aún, lograban detener al rey fugitivo y a su familia.

En París y en las ciudades la Comuna llegó a ser el instrumento de los descamisados contra la monarquía, los aristócratas conspiradores y los reaccionarios príncipes alemanes. En un momento dado, emprendió inclusive la tarea de nivelar las fortunas. Fue el verdadero agente de la deposición del rey y bien puede decirse que a ella, y no a la Asamblea de los diputados burgueses, se debe el fin de la monarquía. A partir del 10 de agosto constituyó la verdadera fuerza de cambio y no cabe duda de que la Revolución mantuvo su ímpetu y su vigor mientras la Comuna siguió viva. Ella fue el alma de la Revolución. En su seno floreció la verdadera izquierda del momento, cuyas aspiraciones y proyectos, un tanto vagos e imprecisos sin duda, iban más allá de todos los planes jacobinos y trascendían de hecho, en muchos aspectos, el programa de Babeuf y los iguales.

La Comuna no constituía un cuerpo ni sus miembros habían surgido de una elección popular, precisamente porque era el pueblo mismo, en su función de autogobierno. La fe en la democracia representativa, que la burguesía supo imponer al pueblo, todavía no había arraigado en él. De tal modo, la Comuna, a través de sus secciones de barrio y de sus ***«tribus»*** (como se las llamaba), formaba otros tantos órganos de administración popular, en los cuales ni por un momento dejaba de tener activa y directa participación del pueblo revolucionario (Kropotkin, *op. cit.*).



Varias pruebas del arraigo de la Comuna, como órgano directo de los trabajadores urbanos y rurales y como instrumento revolucionario en las coyunturas de cambio, se encuentran en la historia de Francia. En la Edad Media, la agrupación de comunas (de gremios, de guildas, etc.) originó la ciudad libre, que opuso exitosamente su estructura esencialmente horizontal al verticalismo de la sociedad feudal. Al ser invadida Francia en 1871 por los ejércitos germanos, se levantó no sólo contra el Imperio Prusiano sino también contra el Imperio Napoleónico y contra la República burguesa, la gloriosa Comuna de París (H. Koechlin, **Ideologías y tendencias en la Comuna de París**, 1965).

Cuando se inició la Revolución francesa, el pueblo se dio una organización espontánea, pero no por eso menos firme, para enfrentar la lucha contra la reacción monárquica y, sin duda, también contra las pretensiones hegemónicas de la burguesía emergente. Ésta, que veía en la democracia representativa, cuyo amplio margen de manipulación la favorecía, el único medio para lograr sus fines, había dividido la ciudad de París en sesenta distritos que debían nombrar los electores de segundo grado. Tales distritos, una vez hecha la elección, debían desaparecer. Y, sin embargo, no lo hicieron. Por obra del pueblo, es decir, de las bases militantes que constituían, al margen de todos los clubes políticos girondinos o jacobinos, la auténtica izquierda de la revolución, siguieron viviendo. Más aún, se auto-organizaron y llegaron a constituirse, por la acción espontánea pero consciente de sus miembros, en órganos permanentes de la administración urbana, con plena autonomía, pero no sin una coordinación que a todos les vinculaba para el logro de los fines comunes. Se hicieron cargo así de las funciones que correspondían hasta entonces a la judicatura y a los diferentes ministerios.

De tal manera, la Comuna comenzó a organizarse con un movimiento de abajo hacia arriba, a partir de la libre iniciativa popular, bajo la forma de una liga o federación de organismos barriales o de distritos. La oposición ideológica y la lucha de clases se manifestaba en aquel momento como renuncia de los diputados burgueses de la Asamblea Nacional (que representaban toda la gama ideológica, desde los monárquicos constitucionales hasta los republicanos jacobinos) a discutir la *Ley Municipal*, mientras por otra parte las bases populares (los militantes de las secciones y los barrios, que poco se cuidaban de la República burguesa, y que constituían una izquierda afecta a la democracia directa), pretendían conservar, por encima de todo, la autonomía barrial y comunal, y preservar la federación de las secciones en lugar de cualquier forma de Estado centralizado.

Este principio de federación y libre asociación, cuyos fundamentos podrían encontrarse en enciclopedistas como Helvetius, era de hecho la piedra de toque de la izquierda en la Revolución francesa y la mejor aspiración del pueblo frente a la burguesía, que intentaba ocupar el sitial de la antigua aristocracia. El principio se extendió a toda Francia. Las ciudades del interior se vincularon entre sí y con la Comuna de París, a través de lazos enteramente ajenos al parlamentarismo y a la representatividad burguesa. Y esto confirió una fuerza irresistible a la Revolución (Kropotkin, *op. cit.*). Ya Michelet señalaba con agudeza el vigor de la acción directa del pueblo frente raquitismo de la acción burguesa parlamentaria, pretendido símbolo de la unidad nacional republicana. A. Aulard, Henri See y, más recientemente, Daniel Guérin, han demostrado que fue la acción popular, centrada en las secciones y en los barrios (es decir, la acción de la Comuna, autogestionada) la que promovió, más allá de la prudencia, de la pusilanimidad o de los oscuros intereses de los representantes burgueses, todo cuanto hubo de verdaderamente revolucionario en la Gran Revolución Francesa.

Precursores del anarquismo durante la Revolución Francesa

Victor García

Utopías y Anarquismo (1977)

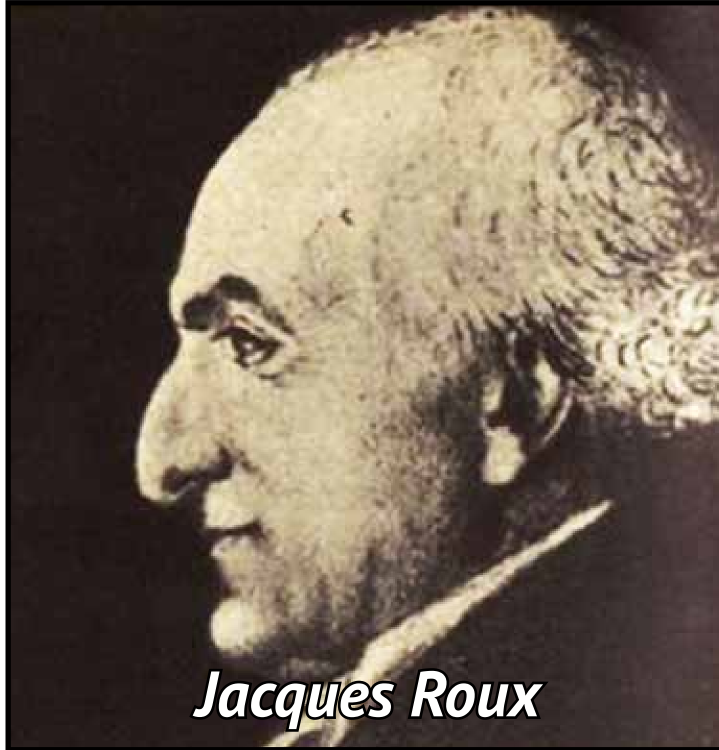
Con el gran advenimiento de 1789, surge poderoso e irresistible el sentimiento de llevar a la libertad hacia lo más avanzado posible. Los revolucionarios extremistas que consiguen alcanzar el poder se vuelven centristas por rebasarlos quienes se proyectan más lejos aún. Así que aparecen **Les enragés** (*'Los rabiosos'*) quienes, en su deseo de ver una revolución sin gobierno revolucionario y manifestándose fervientes partidarios de la acción directa abrazan abiertamente tácticas y finalidades anarquistas.

La toma del poder significará el estancamiento de la fracción que lleve a cabo la empresa. La Gironda, la Montaña, la propia oposición representada por las figuras de proa de Babeuf y Herbert, partirá siempre del principio de que es necesario un gobierno que haga la revolución y la solidifique desde la cúspide. Sólo Marechal, redactor del **Manifiesto de los Iguales**, tendrá sus dudas sobre la eficacia gubernamental y las hará patentes en el manifiesto: ***«Disparessez, en fin, revoltantes distintions de riches, de pauvres, de grands et de petits, maitres et de valets, de gouvernats et de gouvernés.»*** [*«Desapareced, en fin, sublevantes distinciones de ricos, de pobres, de grandes y de pequeños, de dueños y de lacayos, de gobernantes y de gobernados.»*]. El resto de los Iguales no pensará como Marechal, y el propio Babeuf fue el primer sorprendido por este párrafo que clama por la desaparición de los

gobernantes y gobernados.

Se puede decir que Sylvain Marechal se sumó a Babeuf por las grandes ansias que tenía de actuar, pero sus alcances sociales no iban paralelos con el comunismo estatal anunciado por los Iguales. La frase introducida en el manifiesto era una corroboración a sus ideas de arcadias sin gobierno exteriorizados en **L'Âge d'Or, recueil de contes pasturaux pour le Berger Sylvain** (1782) y en **Livre échappé au déluge ou Psaumes nouvellement découvers** (1784). Más adelante, en 1788, escribe **Apologues modernes, à l'usage d'un Dauphin**, donde mediante la huelga general los productores proclaman la sociedad libre y los gobernantes y reyes se autodestruyen en una isla desierta:

«Algún día, los trabajadores, llevados al extremo por la crueldad de los ricos, se negarán a continuar sirviéndoles y contestarán a sus amenazas: Somos tres contra uno. Nuestro propósito es restablecer para siempre las cosas sobre sus antiguas bases, sobre el estado de cosas primitivo, es decir, sobre la más perfecta y legítima igualdad. Pongamos la tierra en común entre sus habitantes. Si hay alguien entre nosotros que tenga dos bocas y cuatro brazos, es justo, asignémosle doble ración. Empero, si todos estamos hechos por el mismo patrón, repartamos el pastel en igualdad de condiciones. Y, al mismo tiempo, metamos todos las manos en la masa. Que todos los hombres, de un punto a otro del universo, se den la mano.»


Jacques Roux

Marechal está más próximo al anarquismo de lo que Babeuf se imagina. Su personalidad intelectual impone el derrotero anarquista al manifiesto en muchos de sus apartados y esto origina que durante el proceso contra los Iguales éstos desaprueben algunos de los enunciados del manifiesto, especialmente el que dice: ***«Desapareced, en fin, distinciones sublevantes... de gobernantes y gobernados.»***

En realidad, todo el manifiesto rezuma una nitidez de expresión perfecta y en el mismo no asoma el menor atisbo de demagogia. ***«La inteligencia no aumenta la capacidad del estómago»*** dirá para aquéllos que sean partidarios del a cada uno según su necesidad, y añadirá: ***«Hay opresión cuando uno se agota trabajando y le falta todo, mientras que otro nada en la abundancia sin hacer nada... Nadie ha podido, sin cometer un crimen, apoderarse exclusivamente de los bienes de la tierra o de la industria... En una verdadera sociedad no debe haber ni ricos ni pobres.»***

La obra escrita por Sylvain Maréchal tiene cierta amplitud. Además de los títulos ya señalados más arriba, Maréchal escribió **Almanach des Honnetes Gens**, en el que suprimió todos los santos. Colaboró asiduamente en el periódico de Proudhomme: **Révolutions de Paris**. Fue uno de los iniciadores del **Calendario Republicano**; en 1793 publicó su **Correctif à la Révolution**, más tarde escribe **Dictionnaire des Athées** anciens et modernes (1800) y acto seguido —muere en 1803— **Pour et contre la Bible**.

El verdadero puesto de Maréchal estaba junto a les enragés, junto a Jacques Roux, Leclerc d'Oze y Jean Varlet, les enragés que más se distinguieron en la Revolución Francesa. Éstos serían denunciados en la barra de la Convención por la viuda de Marat, quien presenta una moción, redactada por Robespierre con toda seguridad, acusando a Roux y a Leclerc de instigar al pueblo para que éste proscriba toda clase de gobierno (A. Mathiez, 1949).

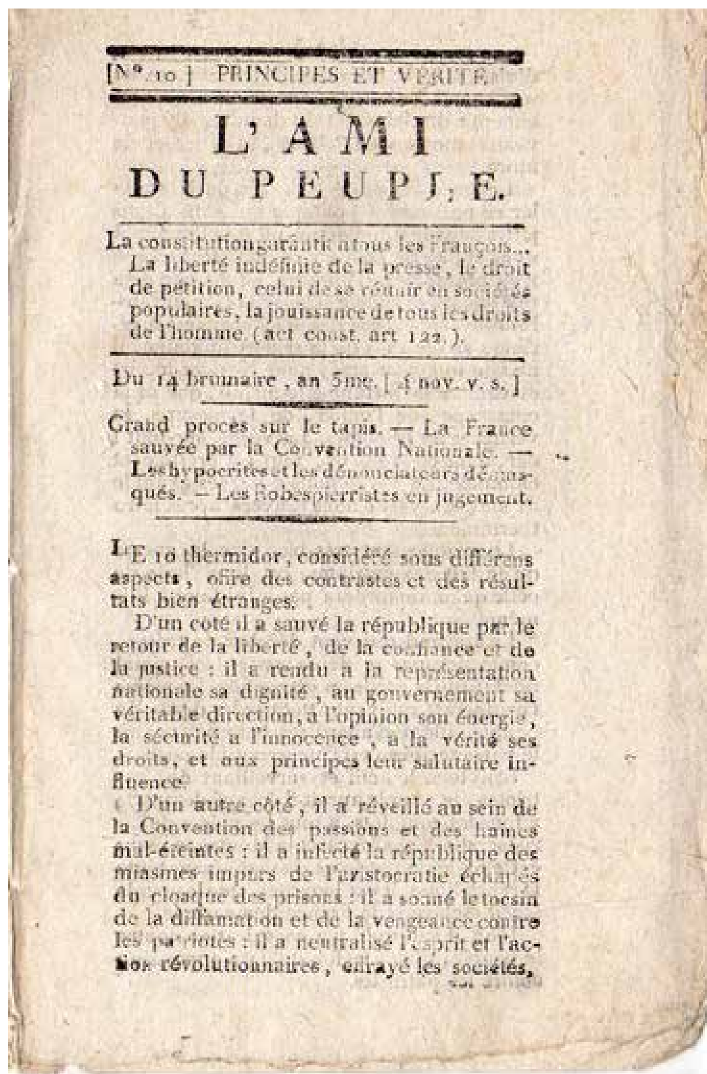
Ahora bien, el ideal anarquista ha ido adquiriendo, a medida que Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus y Malatesta, por no nombrar más que a unos pocos, han aportado sus sugerencias, un bagaje inmenso que ampara todas las actividades de la vida humana; empero, la jácena maestra sobre la que se apoya la multitud de facetas del ideal libertario es la negación del Estado, y les enragés, en este aspecto están pisando terreno anarquista, como lo prueba la denuncia de la viuda de Marat, instrumento del dictador Robespierre.

Jacques Roux, por ironía de la historia, fue un sacerdote, como lo había sido el propio Meslier, aunque ya había declarado y publicado que desde hacía tiempo había deseado ***«abandonar su estado, casarse, montar una imprenta y fundar un periódico»***. Con atisbos de crueldad fanática se negó a aceptar el testamento que le tendía Luis XVI al tiempo que le decía: ***«Yo sólo estoy aquí para levantaros al cadalso»***. Jean Jaurés y A. Mathiez no regatean citas, el primero en su **Historie socialiste: La Convention**, y el segundo en **La vie chere et le mouvement social sous la Terreur**, para poner de manifiesto las veces en que Roux, producto de un período de violencia, exteriorizaba sus iras y sus odios. Su humanidad estaba llena de contrastes, y si por un lado lo vemos cruel frente a Luis Capeto, también veremos que adopta a un huérfano, y que en 1792, cuando Marat tiene que esconderse, es en Roux en quien confía, aunque más tarde lo atacará sin piedad y hasta con la calumnia, obligando a Roux a echarle en cara la hospitalidad que le diera a riesgo de su seguridad física: ***«Durante seis días he dormido en el suelo, he cocinado y hasta he tenido que vaciar el pote de tus necesidades; he hecho en una palabra, todo lo que pude por ti, todo lo que un buen patriota podría y lo que haría de nuevo para mis perseguidores y mis verdugos»***.

El programa de Jacques Roux toma forma en un 1 de diciembre de 1792, cuando pronunciaba su célebre discurso «Sobre el último de los Luises», sobre «la persecución de los agiotistas, los acaparadores y los traidores», en la sesión del Observatorio. La exposición tiene una primera parte de crítica: ***«Hay cobardía —dice—, en tolerar a los que se apropian de los productos de la tierra y de la industria, que amontonan en los graneros de la avaricia los víveres de primera necesidad...»*** y una segunda parte de análisis en la que el anarquismo tiene un punto de apoyo: ***«El despotismo que se propaga bajo un gobierno de muchos, el despotismo senatorial es tan terrible como el cetro de los reyes, ya que tiende a encadenar al pueblo, sin que él se dé cuenta, ya que se encuentra envilecido, y subyugado por las leyes que él mismo ha dictado. Empero, ciudadanos, vosotros no os habréis sacudido el yugo de los agentes prevaricadores, después de haber franqueado irrevocablemente el intervalo inmenso entre el esclavo y el hombre, no vais a permitir que vuestros mandatarios atenten contra la opinión pública, la única en dictar leyes, mostrándose siempre recta y poderosa»***.

Otra figura destacada de les enragés es la de Jean Varlet, quien en 1792 alcanzaba a tener veinte años solamente. Es la edad de la generosidad, en la que el ser humano se da completamente. La Revolución hizo presa de él y a ella se volcó todo entero, sin apartarse del pueblo, al que considera un punto de referencia infalible para pisar terreno firme: **«Desde hace cuatro años, siempre en la plaza pública entre los grupos del pueblo, en la sans-culotterie, entre los andrajos que estimo, he aprendido que, ingenuamente y sin coacción, los pobres diablos de los zaguanes razonan con más seguridad, más atrevidamente, que los señores, los grandes habladores, los sabios tentadores; si éstos quieren aprender ciencia de la buena que hagan como yo y vengan a escuchar el pueblo»**.

El pensamiento de Varlet coincide con el de Roux antes de que lleguen a cruzarse en el camino de la revolución. Como Roux, Varlet duda de que un representante pueda dejar en buen lugar el pensamiento y el sentir del representado: ***«inclusive sobre aquellos que han reunido nuestros sufragios nosotros no podemos evitar la desconfianza»*** porque raramente se limitan a invocar la voluntad de los sufragistas y degeneran hacia el despotismo, ya que «los palacios de los reyes no son las únicas moradas de los déspotas».



[N°. 10] PRINCIPES ET VERITÉ

L'AMI DU PEUPLE.

La constitution garantit à tous les François... La liberté indéfinie de la presse, le droit de pétition, celui de se réunir en sociétés populaires, la jouissance de tous les droits de l'homme. (act const. art 122.).

Du 14 brumaire, an 5me. [4 nov. v. s.]

Grand procès sur le tapis. — La France sauvée par la Convention Nationale. — Les hypocrites et les dénonciateurs démasqués. — Les Robespierristes en jugement.

LE 10 thermidor, considéré sous différens aspects, offre des contrastes et des résultats bien étranges.

D'un coté il a sauvé la république par le retour de la liberté, de la confiance et de la justice : il a rendu à la représentation nationale sa dignité, au gouvernement sa véritable direction, à l'opinion son énergie, la sécurité à l'innocence, à la vérité ses droits, et aux principes leur salutaire influence.

D'un autre côté, il a réveillé au sein de la Convention des passions et des haines mal-éteintes : il a infecté la république des miasmes impurs de l'aristocratie échapés du cloaque des prisons : il a sonné le tocsin de la diffamation et de la vengeance contre les patriotes : il a neutralisé l'esprit et l'action révolutionnaires, effrayé les sociétés,

Al igual que Roux, que edita **Le publiciste**, y Leclerc, quien también aparece con el **Ami du peuple**, Varlet hace irrupción en la prensa de París con **L'Explosión**, tan explosivo como su título lo indica. Robespierre ha sido ejecutado, pero la tiranía continúa, y toca a Varlet el denunciarla desde las páginas de su portavoz: **«¡Qué monstruosidad social, qué obra maestra del maquiavelismo, en efecto, es este gobierno revolucionario: Para todo ser que razone, Gobierno y Revolución son incompatibles!»**

Varlet se anticipa a los temores que los anarquistas exteriorizaron frente a la provisionalidad que Marx, Engels, Lenin y el propio Stalin aseguraban que tendría el Estado comunista: ***«Sentimos ahora que es necesario frenar, tenerlas por la brida, a las autoridades creadas, sin lo cual éstas se vuelven todas potencias opresoras; no busquemos el contrabalancearlas entre ellas: todo contrapeso que no sea el del pueblo mismo es falso. El soberano debe constantemente presidir el cuerpo social. Bajo ningún modo quiere que se le represente»***.

Junto con Roux y Varlet podemos incluir, en las filas de les enragés a Leclerc, tan joven como Varlet, ya que había nacido en 1771. Llegado de Lyon a la vorágine parisina, Théophile Leclerc representa un apoyo considerable para el pensamiento de les enragés y lo vemos figurar en numerosos actos y comités. Crea su periódico también, **L'Ami du Peuple** (*El Amigo del Pueblo*), con lo que quiso dar perdurabilidad al órgano de Marat cuando éste fue asesinado por La Corday. Del número correspondiente al 30 de agosto de 1793 es lo que sigue: ***«Tres horas pasadas frente a la puerta de un panadero formarían un legislador mucho más competente que cuatro años de residencia en los bancos de la Convención»***.

En el paralelogramo de las fuerzas, la de les enragés no puede con la de los de la Montaña, ni, terminado el Terror, con la de los Termidorianos. Las jornadas del 31 de mayo [1793] fueron decisivas para ellos. ***«Los gérmenes de los falsos insurgentes»***, como dice Varlet, impidió que el Eveche, (lugar donde se efectuó la asamblea del 31 de mayo que decidió llamar al pueblo a la insurrección y en cuya asamblea ejercieron gran influencia les enragés) no se hiciera dueño de la situación en la ciudad.

La Montaña, más oportunista, tomó la iniciativa, y Danton, después de haber conseguido que la Convención votara la detención de los girondinos se vuelve ya contra les enragés y proclama que ***«Hay que hacer entrar el Eveche en la nada»***.

El 9 Termidor y su consecuencia, Napoleón, sofocan los sentires revolucionarios en Francia. Los sociólogos franceses que, con posterioridad a la Revolución Francesa, aportan sus contribuciones en el campo de la ciencia social, si en algo se han aproximado a las ideas libertarias, ya hemos tenido ocasión de citarlos en el capítulo anterior.

Hasta Proudhon, pues, ese paso no nos ofrece nada nuevo y hemos de franquear el Canal de la Mancha para dar con el más destacado y el más importante de los precursores anarquistas: William Godwin.

Enragés et sans-culottes

«La Revolución no es un simple cambio de gobierno. Es la toma de posesión por parte del pueblo de toda la riqueza social.»
P. KROPOTKIN

HOMENAJE A LOS ANÓNIMOS
(La Revolución Francesa)

«Tú no tienes experiencia de la Revolución, y no sabes lo que puede pasar en una Comuna cuando ordena el toque de generala y repicar a rebato», le comentaba un veterano sans-culotte a un joven guardia nacional en la noche que cayó Robespierre. Meses más tarde, en mayo de 1795, empujados por el hambre y las desigualdades que la Revolución no consiguió erradicar, una muchedumbre proveniente de los barrios humildes de París asalta, una vez más, la Sala de Sesiones de la Convención. En la trifulca se dispara contra un diputado, se le decapita y exponen sobre una pica su cabeza al presidente de la asamblea. Entre la multitud un ciudadano se dirige a los demás diputados y les grita: ***«¡Marchaos todos! ¡Vamos a formar la Convención nosotros mismos!»***. Y otra voz dice: ***«Queda suspendido todo poder que no proceda del Pueblo»***. A estos sucesos se les conoce en historia como las jornadas del Pradial, que fueron brutalmente reprimidas por las tropas militares bajo las órdenes de la burguesía termidoriana. Esto supuso el fin del movimiento popular de los **sans-culottes**, protagonistas directos de la Revolución Francesa.

La sublevación urbana antes descrita fue claro ejemplo del derecho irrefutable a la insurrección de todo pueblo contra sus mandatarios infieles. Fue la última de una serie de movilizaciones populares, que se iniciaron con la Toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. En el verano de 1791, se manifestaron contra el rey, tras su intento de huida, en el Campo de Marte. Protagonistas importantes en el Asalto a las Tullerías del 10 de agosto

de 1792 que puso fin a la monarquía. Apoyaron a los jacobinos rodeando la Convención para detener a los dirigentes girondinos durante las jornadas revolucionarias del 31 de mayo al 2 de junio del 1793. Así como artífices de la campaña de descristianización, de los diferentes motines por las subsistencias y su participación activa en la Comuna. Todo esto formaba parte del concepto de soberanía popular, tal como lo entendían los militantes sans-culottes.



De aspecto desaliñado, los **sans-culottes** se distinguían por su forma de vestir pantalones de paño a rayas (las calzas cortas eran propias de los ricos), una chaquetilla llamada carmañola y el gorro frigio símbolo de la libertad; también es un emblema la pica en la mano, que recuerda al Pueblo en armas. Otra cosa que les diferenciaba era su forma de hablar mediante el tuteo igualitario, al contrario del rígido protocolo clasista de tratar de ***«vos»*** o ***«Señor»***. En su mayor parte eran artesanos y tenderos, aunque también hubiese asalariados y algunos campesinos.

Muy en consonancia con el programa de los ***«enragés»*** (quienes les influyeron bastante) sus aspiraciones sociales consistían en un reparto más equitativo de la riqueza y la total eliminación de las distinciones sociales. Del derecho a la existencia a la igualdad de goces y la limitación de las propiedades, el derecho a la asistencia pública y la educación, que coincidieron con las reivindicaciones del muy posterior movimiento obrero. Presionaron al gobierno revolucionario para que aboliese el libre mercado y las grandes fortunas; la tasación de los productos de primera necesidad y el curso forzoso del papel moneda o asignado, que era más fácilmente asequible que las monedas de oro y plata.

Organizados en sociedades populares, intervienen los sans-culottes en las asambleas generales de Sección (las secciones eran circunscripciones electorales y subdivisiones administrativas del municipio o Comuna). Desde ellas deliberaban sobre los asuntos locales, y formaban sus comités revolucionarios o de vigilancia que sustituyen a los comités civiles burgueses. En las asambleas primarias eligen a sus delegados para el Consejo General de la Comuna o ayuntamiento. Para evitar posibles maniobras fraudulentas votaban a mano alzada, levantados o sentados y por aclamación. Los representantes elegidos estaban controlados desde abajo y podían ser destituidos si no llevaban a cabo las resoluciones acordadas. En el caso probable de un dominio reaccionario, las secciones confraternizaban entre sí uniendo sus respectivas asambleas. Tenían sus propias tropas y comités de guerra, constituyeron el ejército revolucionario o milicias donde elegían a sus mandos y oficiales afectos a la Revolución.

La autonomía de las secciones, su democracia real y el federalismo Comunal, asustó al gobierno centralista de los Comités de Salvación Pública y de Seguridad General durante el Régimen del Terror. Eliminados los «enragés» y «hebertistas», los jacobinos burocratizaron los comités revolucionarios, disolvieron las sociedades y milicias y redujeron las asambleas. Los **«termidorianos»** y el Directorio rematan la faena.

La Revolución Francesa de hace dos siglos supuso el final de la monarquía absoluta y del privilegio feudal del Antiguo Régimen y el inicio del Estado liberal actual, con sus antagonismos sociales. Fue una revolución burguesa para acceder al Poder político, el económico ya lo controlaban de antemano. Los burgueses se apoyaron en el Pueblo, sin el que pudieron hacer algo, cuando ganaron traicionaron a los descamisados sin contemplaciones.

Pero también, aunque muchos historiadores ni lo mencionen, fue uno de los primeros intentos de la Edad Contemporánea donde se aplicó la democracia directa como máximo exponente del principio de soberanía popular, contrapuesta a la ficción parlamentaria de la democracia representativa, que lamentablemente conocemos hoy en día.

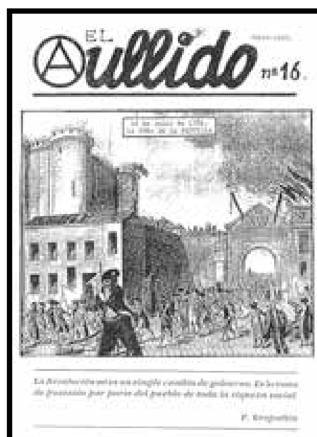
Con esto se ha intentado homenajear a los héroes anónimos que lucharon por el lema revolucionario, aunque actualmente tergiversado, de LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD.

¡Salud!

«ENRAGÉS»

EL AULLIDO (Nº 16 / julio 1997)

A diferencia de la burguesía revolucionaria, hubo una serie de personas que conocían directamente la situación miserable del Pueblo. Fueron los portavoces de los descamisados de las secciones y sociedades populares. Reclamaban una mejor política social a favor de los pobres: tasación de los productos básicos, circulación del asignado, requisa de los granos, limitaciones a los ricos y la eliminación de los especuladores que se beneficiaban a costa del Pueblo. Eran los «enragés» (los rabiosos) que se atrevieron a atacar directamente a la burguesía y abogaban por una democracia popular y la nivelación social y económica.



El más conocido fue el ex cura Jacques Roux (el cura rojo), que al comienzo de la Revolución participó en la quema de castillos nobiliarios. Abandonó el sacerdocio y fue uno de los líderes de la Sección de los Gravilleros. Formó parte del Consejo General de la Comuna de París y fue la voz radical de los más necesitados. Su fama creció durante la crisis económica y la escasez, hasta terminar molestando a los jacobinos que le hicieron preso; antes de ser guillotinado prefirió suicidarse. Otros dos famosos «enragés» fueron Teóphile Leclerc y Jean Varlet. El primero se hizo notar como un gran orador que atacó a la monarquía; hizo causa común con Jacques Roux en el tema social y criticó al gobierno revolucionario; fue denunciado por los jacobinos y tuvo que alistarse para el frente para salvar su vida. Jean Varlet se hizo famoso por arengar en los suburbios a los transeúntes desde una banqueta o tarima rodante, a diferencia de los otros dos, su discurso era más político que social; cuando la dictadura jacobina empezó a perfilarse y limitó el número de asambleas generales de las secciones, protestó y fue detenido; la defensa de los «sans-culottes» logró su liberación, pero quedó prontamente neutralizado.

También podemos añadir a una predecesora del feminismo, la actriz Claire Lacombe que encabezó el Asalto de las Tullerías. Formó parte de la Sociedad de Republicanas Revolucionarias que invadieron la Convención, y se atrevió a tratar de «Señor» (que era un insulto) al mismo Robespierre. Los jacobinos enojados disolvieron la sociedad y terminaron encarcelándola.

Manifiesto de los Iguales

Sylvain Maréchal (1796)

¡PUEBLO DE FRANCIA!

Durante quince siglos has vivido esclavo y, por tanto, infeliz. Desde hace seis años respiras apenas, esperando la independencia, la felicidad y la igualdad.

¡La Igualdad! ¡Primer deseo de la naturaleza, primera necesidad del hombre y principal vínculo de cualquier asociación legítima! ¡Pueblo de Francia! ¡Tú no has sido más favorecido que las demás naciones que malviven en este desafortunado mundo!... Siempre y en todas partes la pobre especie humana confiada a antropófagos más o menos hábiles sirvió de juguete de todas las ambiciones, de pasto de todas las tiranías. Siempre y en todas partes se adormeció a los hombres con bellas expresiones: nunca y en ningún lugar obtuvieron, junto a la palabra, la cosa. Desde tiempo inmemorial se nos repite de manera hipócrita que los hombres son iguales y desde tiempo inmemorial la más degradante y monstruosa desigualdad pesa insolentemente sobre el género humano. Desde que hay sociedades civiles, el más bello patrimonio del hombre es reconocido sin contradicción, pero aún no ha podido realizarse ni una sola vez: la igualdad no ha sido más que una bella y estéril ficción de la ley. Hoy, cuando es reclamada con voz más fuerte, se nos responde: ¡callaos, miserables! La igualdad real es sólo una quimera; contentaos con la igualdad condicionada; sois todos iguales ante la ley. Chusma ¿qué más necesitáis?


Sylvain Maréchal

¿Que qué más necesitamos?

Legisladores, gobernantes, ricos propietarios, escuchad ahora vosotros.

Somos todos iguales, ¿no es eso? Nadie niega ese principio porque, salvo si se padeciese locura, no podría decirse en serio que es de noche cuando es de día.

Pues bien, a partir de ahora pretendemos vivir y morir iguales, como hemos nacido; queremos la igualdad real o la muerte; eso es lo que necesitamos.

Y tendremos esa igualdad real, no importa a qué precio. ¡Maldito sea quien se oponga a ese deseo expreso!

La revolución francesa es sólo la precursora de una revolución mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última.

El pueblo ha pisoteado el cadáver de los reyes y los curas que se aliaron contra él: hará lo mismo con los nuevos tiranos, con los nuevos políticos mojigatos sentados en el lugar de los antiguos.

¿Que qué necesitamos además de la igualdad de derechos?
Necesitamos que esa igualdad no sólo esté escrita en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano; la queremos entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas. Aceptamos cualquier cosa por ella, empezar de cero para obedecer a ella sólo. ¡Perezcan todas las artes, si es preciso, mientras nos quede la igualdad real!

Legisladores y gobernantes que tenéis tan poco talento como buena fe, propietarios ricos y sin entrañas, en vano tratáis de neutralizar nuestra sagrada acción diciendo: lo único que hacen es reproducir esa ley agraria pedida ya más de una vez antes de ellos.

Calumniadores, callaos vosotros y, en el silencio de la confusión, escuchad nuestras pretensiones dictadas por la naturaleza y basadas en la justicia.
La ley agraria o el reparto de los campos fue el deseo inmediato de algunos soldados sin príncipe, de algunos pueblos primitivos movidos por su instinto más que por la razón. Tendemos hacia algo más sublime y más equitativo, ¡el bien común o la comunidad de bienes! No más propiedad individual de las tierras; la tierra no es de nadie. Reclamamos, queremos, el goce comunal de los frutos de la tierra: esos frutos son de todos.

Declaramos que no podemos soportar por más tiempo que la inmensa mayoría de los hombres trabaje y sude al servicio y para en disfrute de la más ínfima minoría.

Mucho menos de un millón de individuos, y durante demasiado tiempo, dispone de lo que corresponde a más de veinte millones de sus semejantes, de sus iguales.

¡Que cese de una vez este gran escándalo que nuestros descendientes no querrán creer! Que desaparezcan de una vez las escandalosas distinciones entre ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y lacayos, gobernantes y gobernados.

Que no haya entre las personas más diferencia que las de la edad y el sexo. Puesto que todos tienen las mismas necesidades y las mismas facultades, que haya para ellos una única educación, un único sustento. Si se contentan con un solo Sol y con mismo aire para todos, ¿por qué no habría de ser suficiente la misma porción y la misma calidad en alimentos para cada uno de ellos?
Pero los enemigos del más natural de los órdenes de cosas que se pueda imaginar gritan ya contra nosotros. Desorganizadores y rebeldes, nos dicen, sólo queréis masacres y botín.

¡PUEBLO DE FRANCIA!

No perderemos el tiempo contestándoles, pero te diremos que la sagrada acción que organizamos no tiene más objetivo que poner fin a las disensiones civiles y a la miseria pública.

Nunca ha sido concebido y puesto en marcha un propósito mayor. De tarde en tarde, algunos hombres de talento, algunos sabios, han hablado de ello en voz baja y temblorosa. Ninguno de ellos tuvo el coraje de decir la verdad completa.

Ha llegado el momento de las grandes medidas. El mal está en su punto más alto; cubre la faz de la tierra. El caos, con el nombre de política, reina en ella desde hace demasiados siglos. Que todo retorne al orden y vuelva a su lugar.

¡Que todos los elementos de la justicia y la felicidad se organicen ante la llamada de la igualdad!

Ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, ese gran hospicio abierto a todos los hombres. Han llegado los días de la restitución general. Familias quejumbrosas, venid a sentaros a la mesa común levantada por la naturaleza para todos sus hijos.

¡PUEBLO DE FRANCIA!

¡La más pura de las glorias te estaba reservada! Sí; tu debes ser el primero en ofrecer al mundo ese conmovedor espectáculo.

Viejas costumbres, antiguas prevenciones, querrán de nuevo poner obstáculos al establecimiento de la República de los Iguales. La organización de la igualdad real, la única que responde a todas las necesidades, sin provocar víctimas, sin que cueste grandes sacrificios, puede que de entrada no le guste a todo el mundo.

El egoísta, el ambicioso, temblará de rabia. Los que poseen injustamente clamarán que es injusticia. Los goces exclusivos, los placeres solitarios, los acomodos personales provocarán fuerte rechazo a algunos individuos hastiados de los sufrimientos ajenos. Los amantes del poder absoluto, los viles secuaces de la autoridad arbitraria replegarán con pena sus orgullosas cabezas bajo el nivel de la igualdad real. Su corta visión penetrará con dificultad en la próxima llegada de una felicidad común, pero ¿qué pueden algunos millares de descontentos contra una masa de hombres, todos ellos felices y sorprendidos de haber buscado tanto tiempo una felicidad que tenían al alcance de la mano?

Inmediatamente después de esta verdadera revolución, se dirán extrañados: ¡qué cosa! ¿La felicidad común dependía de tan poco? No teníamos más que quererla. ¡Por qué no la habremos querido antes! Sin duda, con un sólo hombre en la tierra que sea más rico, más poderoso que sus semejantes, que sus iguales, el equilibrio se rompe; el crimen y la desdicha se hacen presentes.

¡PUEBLO DE FRANCIA!

¿En qué signo, a partir de ahora, debes reconocer la excelencia de una constitución?... Aquella que, en su totalidad, reposa sobre la igualdad de hecho es la única que puede convenirte y satisfacer todos tus deseos.

Las constituciones aristocráticas de 1791 y de 1795 remachaban tus cadenas en lugar de cortarlas. La de 1793 era un gran paso hacia la igualdad real; nunca antes nos habíamos acercado tanto a ella; pero aún no llegaba al objetivo y no acometía en absoluto la tarea de la felicidad común que, sin embargo, consagraba solemnemente como un gran principio.

¡PUEBLO DE FRANCIA!

Abre los ojos y el corazón a la plenitud de la felicidad: reconoce y proclama con nosotros la República de los Iguales.

LA CHISPA

El café del Marqués de sade y el inicio de la Revolución Francesa

Uno de los mitos apócrifos de la Revolución Francesa es la frase ***"que coman pasteles"***, de Maria Antonieta, la reina de Francia, en el contexto de la crisis de subsistencias de 1778, lo que supuestamente la costó (literalmente) la cabeza en la revolución que estallaría poco después. En realidad, esa frase fue falsamente atribuida a la reina décadas después de la revolución, para justificar su ejecución.

Pero si bien es cierto que la falta de pan fue uno de los detonantes de la caída de la monarquía francesa debido al descontento generalizado, algunos sucesos relacionados con el café pueden considerarse legítimamente como las chispas que pusieron en marcha la revolución.

A comienzos de julio de 1789, la atmósfera de París estaba llena de gas, esperando una chispa que la hiciese explotar: ***"El Paris de los suburbios solo esperaba la señal, la iniciativa, para insurreccionarse"***, explica Kropotkin (**La Gran Revolución**, Capítulo XI, ***"Paris en vísperas del 14 de julio"***). La primera chispa que ayudaría a desencadenar la revolución provino del Marqués de Sade. Debido a que llevaba encarcelado desde hacía doce años, Sade tenía problemas digestivos, por lo que pidió al carcelero café para disminuir sus dolores. La denegación de su petición enfureció a Sade, que montó en cólera y, usando de altavoz un tubo destinado a evacuar heces, se dirigió a las multitudes conglomeradas en el exterior de la prisión a través de su ventana, asegurando que se estaba degollando sin motivo a los prisioneros (lo que era mentira) y pidiendo ayuda. Las falsas acusaciones de Sade alimentaron los rumores contra el gobierno impopular y tiránico caldearon el ya de por sí excitado ambiente de la ciudad, y prendieron la mecha que llevó al Asalto de la Bastilla.



Camile Demoulins llama a asaltar la Bastilla en el Café de Foy

Pocos días después, el 12 de julio de 1789, tuvo lugar en un café la chispa decisiva que puso en marcha la Revolución Francesa. Camile Demoulins, futuro ministro de justicia de Marat (la decapitación de ambos por Robespierre marcó según Kropotkin el fin de la revolución), arengó al pueblo en el Café de Foy, y le indujo al saqueo de armas que preparó el camino para la toma de la Bastilla dos días después, poniendo en manos del pueblo un arsenal de armas que jugaría un papel decisivo. Cuando llegó a Versalles la noticia de la toma de la Bastilla, Luis XVI pregunta si se trata de una revuelta, a lo que el duque de La Rochefoucauld-Liancourt le responde: ***"No Sire, no es una revuelta, es una revolución"***. Esta frase, auténtica, marca el principio del fin de la monarquía.



CLIFFORD HARPER